



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

**GARRAS QUE CURAN: HISTORIA DE BLUE PANTHER,
EL MÉDICO LUCHADOR**

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO EN
CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

PRESENTA:

ARIADNA MONTOYA CORTÉS

ASESORA: DRA. FRANCISCA ROBLES



CIUDAD UNIVERSITARIA, MAYO 2016

CDMX



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

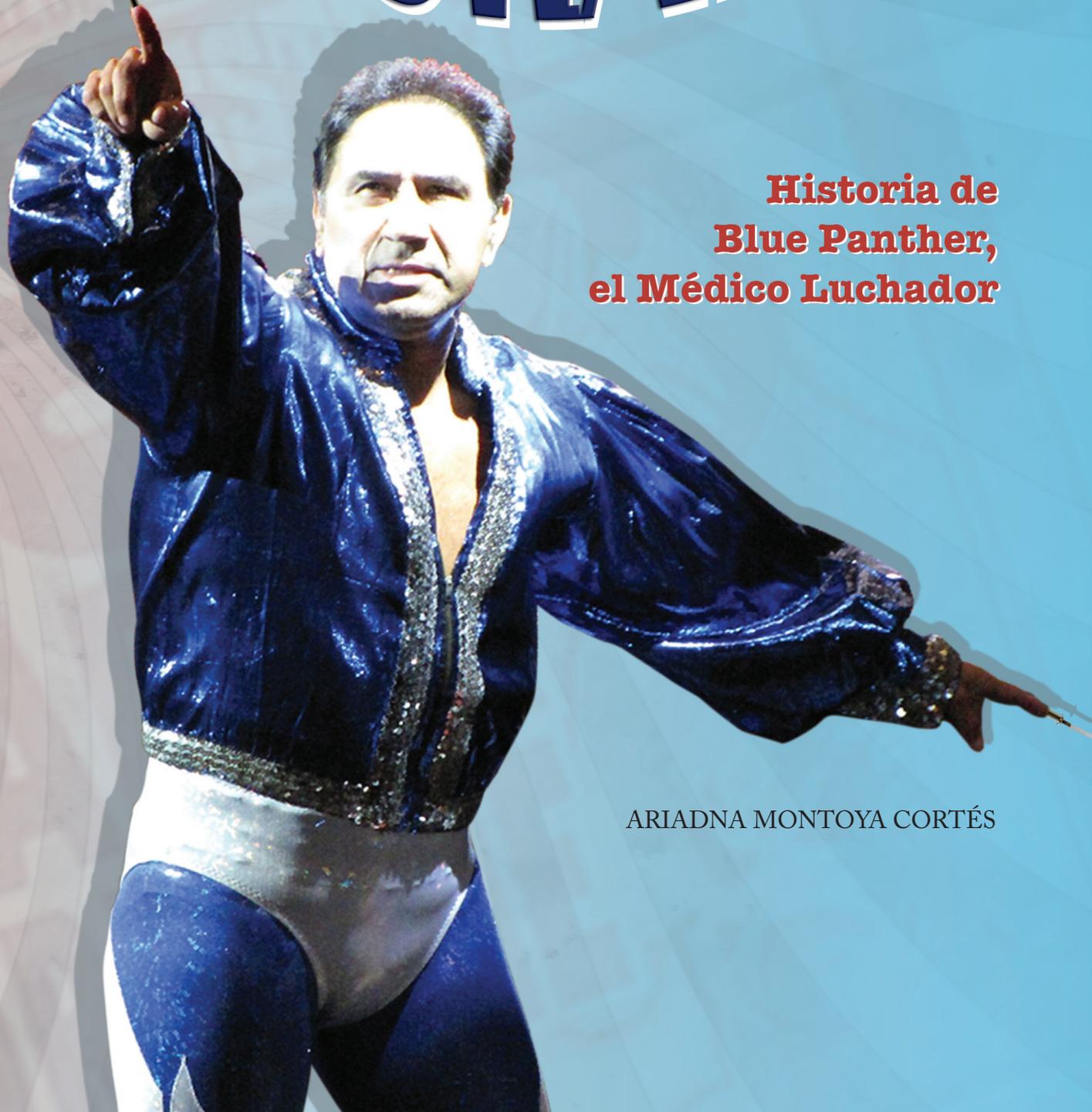
Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



GARRRAS QUE CURAN:

**Historia de
Blue Panther,
el Médico Luchador**



ARIADNA MONTOYA CORTÉS

Dedicatoria

A mi padre, Benjamín Montoya, quien hace unos años se convirtió en humo negro y ceniza blanca. Para su alma, que dejó en guardia permanente aquí en la Tierra, como una promesa de cuidarnos siempre.

A mi madre, Rosalva Cortés, por su gracia para mantenerse de pie en momentos difíciles, por su entereza y buen ejemplo para enseñarnos el camino que deben seguir las buenas personas. Gracias por seguir confiando en mí.

A mis hijos, Valeria y Leonardo, porque cerca de ustedes la tristeza es una cosa extraña y la esperanza se vuelve larga. El amor existe cuando pegas tu sien en la mía, Leo, y permaneces así unos segundos porque es tu forma de dar besos, de demostrar afecto. Y también cuando te veo tan independiente, Vale, desplegando tu imaginación donde quiera que vas, inteligente y al límite de las reglas. Sepan que nada deseo más que lograr que sean felices.

Para mi esposo, Gustavo Herrera, por esa historia que comenzó en el cine, sin un beso robado y con una rosa en la mano. Por impulsarme y acompañarme, por su disposición a enmendar los días difíciles, por soplar las nubes grises. Por su necesidad de amarme, a pesar de todo.

A mi hermana Gabriela y mi sobrina Ximena, un par de lucecitas en mi vida. Estaré ahí para ustedes.

Mi agradecimiento a Blue Panther, por dejarse arrancar recuerdos con la grabadora, por su paciencia, atenciones y por permitirme conocer a fondo a un ser humano excepcional. También a sus hijos Jonathan, Alberto y Genaro, por su amabilidad.

A la doctora Francisca Robles, mi asesora. Por esa fugaz plática que me hizo entender aspectos de mi personalidad. Por sus consejos y conocimientos para que esta tesis por fin viera la luz.

A Jaime Ángeles, por ofrecerme su talento en diseño para darle forma a este trabajo.

A Dios, por protegerme y sostenerme; a todos los maestros, compañeros de trabajo, amigos que dejaron una enseñanza en mí. A todas las personas que creen en las historias y están ávidas de leerlas.

A todos ellos, gracias.

Tabla de contenido

Introducción	9
Capítulo 1. El hombre	13
La fonda de mamá	13
De vendedor de chicles a bolero, lazarillo y monaguillo	21
Brincando topolinos	23
Capítulo 2. El luchador	25
Afilando las garras con un Halcón	25
Una aventura con olor a amoniaco	33
Nace el Maestro	38
Una rivalidad que se llevó la muerte	47
De revoluciones y un andar gitano	53
Réquiem por una máscara	57
Siempre serás mi superhéroe	65
Capítulo 3. El médico	69
La anunciación en sueños	69
Una enseñanza sin hablar	74
Cinco pasos rumbo al ascenso	76
Salvando vidas	80
Conclusiones	83
Bibliografía	85

Introducción

Un excelente, muy grande luchador, lo considera Villano V, su colega y verdugo en el ring. Un superhéroe de carne y hueso, lo definen sus hijos. Ejemplo de entereza y superación, lo describe su maestro de acupuntura, Tomás Alcocer. Blue Panther es todo eso y más. Es un hombre con el don de transformar en aprendizaje cualquier derrota, lleva la humildad ceñida como corona y posee una vocación de ayuda como pocos.

Gladiador, padre de familia y médico, durante esta entrevista Genaro Vázquez se despoja de esas máscaras y descubre al ser humano que hay detrás de ellas.

A lo largo de 10 sesiones de una hora cada una, realizadas en su consultorio de acupuntura (actividad que alterna con el arte del pancracio), la Pantera Azul se dejó arrancar sentimientos con la grabadora, habló sobre sus victorias, fracasos, motivaciones; compartió anécdotas, alegrías, tristezas y los sucesos clave en su vida para llegar a ser un ídolo.

El presente trabajo es resultado de esas charlas, que se eligió plasmarlas en una entrevista de semblanza narrada en tercera persona, dividida en tres capítulos: el hombre, el luchador y el médico.

El hilo conductor de la historia es el episodio donde el Maestro Lagunero pierde su capucha de felino azul, la cual protegió su identidad durante 30 de los 37 años de su trayectoria en el cuadrilátero.

En el primer apartado, Panther comparte su niñez en el mercado de Gómez Palacio, Durango, su ciudad natal; las carencias que tuvo en su infancia, la importancia de la figura de su madre y su incursión al trabajo desde pequeño, elementos que forjaron el carácter tranquilo, humilde y solidario del esteta, quien mostró temple para enfrentar los obstáculos y triunfar.

El segundo capítulo se enfoca en su máxima pasión: la lucha libre. Historias de sacrificio, dedicación, de pasar hambre, de no recibir sueldo, así como épicas batallas se mezclaron para darle realce a su carrera y convertirlo en uno de los pilares del deporte de las llaves y contrallaves.

La tercera parte aborda su futuro, que es la acupuntura. La existencia llena de necesidades y pobreza en tierras gomezpalatinas le hizo desear, antes de ser luchador, convertirse en médico. Años después logró su anhelo al dedicarse a la medicina tradicional china.

Para realizar el retrato de Blue Panther se recurrió a varias fuentes, como testimonios de compañeros, hijos, su mentor en la acupuntura y notas periodísticas con el fin de analizar, valorar y exponer mediante estas voces la vida del personaje.

Una de las razones para realizar la presente semblanza es que el género está cada vez más olvidado en el periodismo deportivo escrito. Se dejan de lado relatos de superación, sucesos curiosos que marcaron el destino de los atletas, su forma de concebir el mundo, así como las tragedias y sacrificios útiles para entender el contexto social, histórico y psicológico que los llevaron a la consecución de sus sueños.

Estas entrevistas pueden servir como el “plus” que buscan los aficionados de sus héroes deportivos ante tanta información difundida en los medios electrónicos, como la televisión, radio e Internet.

Para abordar la vida de Blue Panther se escogió este género porque la conversación entre el periodista y el personaje abre el sendero ideal para formar un perfil. La misión es plasmar una existencia en palabras, en un ejercicio narrativo capaz de conmover al lector. Y ése es el objetivo que se pretende a través de este trabajo.

La entrevista de semblanza permite profundizar en la vida del personaje elegido, tener un acercamiento más personal, íntimo y humano con él. Carlos Marín, en su libro *Manual de Periodismo*, explica que este tipo de entrevista abarca varios aspectos, como descripción física y psicológica del entrevistado; anecdótico, valoración del personaje, escenario, descripción biográfica y régimen de vida. Y son estos puntos los que abarca esta historia.

De acuerdo con Marín, la entrevista de semblanza es la que más ahonda en el mundo interior del personaje e intenta responder estas preguntas: “(...) cómo son, cómo viven, qué piensan de sí mismos, cuál es su formación religiosa o filosófica, cuáles son sus hábitos, etc”.

Jorge Halperín, periodista argentino, también coincide en que la semblanza permite “un abordaje a la intimidad del entrevistado, a su manera de pensar, a sus razones ocultas, sus debilidades, sus obsesiones y contradicciones. (...) También debe avanzar en contra de él. Es decir, en aquello que el entrevistado no muestra voluntariamente o, incluso, desea ocultar”.

Para la redacción de la entrevista de semblanza con Blue Panther se eligió el uso del relato, con el fin de hacer más amena la lectura. No muestra el diálogo directo, debido a

que es una narración de la entrevista. La doctora Francisca Robles detalla este recurso.

“El entrevistador, al transmitir su vivencia con el entrevistado hacia el lector, transforma la entrevista en una entrevista-relato. En ese fin, el entrevistador es portador de su propia voz, mientras que el entrevistado es sometido a la interpretación de su voz y a la representación textual de la misma.

“Así, el entrevistador está en libertad de relatar en su propia voz o delegar el relato a la voz del entrevistado, de interpretar o representar la voz del entrevistado. Además, el entrevistador puede reordenar la historia de la entrevista, es decir, puede acercar o alejar la entrevista-relato de lo que fueron las sesiones de entrevista reales.

“Como relator, el periodista da o quita la voz a los protagonistas de los acontecimientos, impone su intención y su punto de vista de los relatos que produce. Por lo que la entrevista es la visión que deja entrever cierto personaje, se abre una ventana para que el lector se aproxime al entrevistado”.

Con el recurso del relato se reconstruyen gestos, expresiones, pasajes importantes de la vida del luchador. En algunos fragmentos se emplean diálogos para darle descanso a la lectura.

Otro recurso periodístico utilizado para la redacción de este trabajo es la crónica, empleada para recrear momentos clave en la vida de Genaro Vázquez, como la noche en que perdió su máscara, y escenarios que influyeron en su personalidad, como el mercado José Ramón Valdez.

El personaje elegido, el luchador Blue Panther, ofrece un cúmulo de historias dignas de ser contadas periodísticamente por estar empapadas de sacrificio y sentido humanista. Son un ejemplo para los jóvenes, no sólo en el deporte, sino en la superación académica y sirven para explicar cómo logró sus metas en el ring y en su vida profesional, hechos poco conocidos.

Leyenda viviente del arte de las llaves y contrallaves, el Divino Lagunero es muy querido por el público. Su legado en el pancrancio mexicano es innegable, al ser actualmente uno de los gladiadores con más tradición en el Consejo Mundial de Lucha Libre, con una carrera llena de triunfos y desazones. De deseos de trascender en un ring y también de cultivar su mente para alcanzar su sueño de ser médico. Sin duda su historia resultará entrañable para los aficionados.

Capítulo 1. El hombre

La fonda de mamá

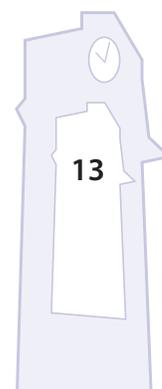
Blue Panther está tendido en la lona. Villano V, su enemigo en el ring, acaba de zafarse una palanca al brazo, escapa al castigo y lo prende con un toque de espaldas. Imposible para el Maestro Lagunero separar la cabeza del suelo; boca arriba, se convulsiona como si lo estuvieran electrocutando. “Uno”, dice el réferi mientras da un golpe en el piso con la mano. “Dos”, la afición eufórica le grita a su héroe, le exige que se levante. Miradas expectantes, hay quien ablanda el tenso momento con un trago de cerveza. “Tres”, llega el final, el conteo fúnebre ha terminado.

Villano V suelta a su presa y corre hacia las cuerdas a celebrar la victoria, mientras Panther rueda sobre el cuadrilátero de la arena México en medio de una cortina multicolor de fuegos artificiales que ilumina, insultante, su derrota.

Es septiembre de 2008, pero a Panther se le revuelve el tiempo. Está confundido, como si un remolino le hubiera sacudido la cabeza. Ya de pie, hieren sus oídos las palabras del anunciador, que revelan su identidad por el micrófono. “Blue Panther dice llamarse Genaro Vázquez Nevarez, originario de Gómez Palacio, Durango. Años de luchador, treinta”.

La voz pelea protagonismo con el bullicio del público, que se desgañita para rendir tributo al ídolo caído. “¡Bravo, Panther!, retumba la frase acompañada de uno que otro trompetazo.

En medio del escándalo, el esteta ejecuta el cruel desenlace: desata las agujetas de su máscara y se despoja de su tapa de Pantera Azul; las lágrimas, ahora visibles, riegan su cara morena, curtida por los sacrificios y sinsabores vividos allá, hace más de medio siglo, en la Comarca Lagunera...





Ojos risueños, de niño travieso, de esas miradas que no pierden la huella de la sorpresa. Nariz ancha, una faz atezada primero por el inclemente sol de Gómez Palacio, Durango, y después por el del Distrito Federal. Sonrisa franca. Blue Panther muestra su rostro después de tres décadas de resguardar el misterio bajo su capucha azul.

La última vez que el aire arañó su semblante arriba de un ring, recuerda, fue al pie del viejo reloj del mercado José Ramón Valdez. La luz del día de las tierras gomezpalatinas proyectaba su pequeña sombra en el espacio triangular donde se colocaban algunos puestos, el sitio idóneo para el cuadrilátero improvisado donde luchaba de dos a tres caídas con sus sueños.

Las altas paredes del mercado que mostraban sus torsos ennegrecidos eran una suerte de testigo y las campanadas que sonaban cada hora musicalizaban la escena.

“Iba con los verduleros don Eliseo y don Chon a robarles cuerdas y mecates para alrededor de ese triángulo hacer mi ring. Llevaba a mis amigos los sábados, que era cuando bajaba la gente de la ranchería al mercado y nos veía jugando luchitas. Todos nos emocionábamos. Actualmente en esa parte venden tacos”, relata sentado ahora en su consultorio de técnico acupunturista, donde atiende a sus pacientes en la capital mexicana.

Las anécdotas son su forma predilecta para abordar el pasado, en el que la nota dominante fue la adversidad. El gladiador tuvo la buena suerte de toparse con situaciones di-

ficiles, carencias y sacrificios que le dejaron una enseñanza, fortalecieron su corazón y lo hicieron resistente al fracaso.

Cuando se mira en un espejo, su reflejo le devuelve la imagen de una persona “que se ha ganado el respeto con acciones y actitudes, que tiene mucho que dar a los demás. Tengo el don del Creador de hacer algo más por mí, por mi familia, por el prójimo, por todos los amigos que me han dado de comer cuando lo he necesitado”.

Una de sus cualidades es ser inmune a la fama que rodea a las súper estrellas de los encordados y es mucho más que su nombre en el cartel, porque es un pilar, una de las almas del pancracio mexicano.

Genaro Vázquez Nevarez vino al mundo el 18 de septiembre de 1960, en la colonia popular Santa Rosa, en Gómez Palacio, y desde aquellas vísperas de otoño en la Comarca Lagunera estuvo predestinado a ser un héroe de carne y hueso. A pesar de que él niega sentirse un ídolo, la vida se encargó de ponerle los ingredientes para serlo: una existencia llena de necesidades y tropezones, así como un espíritu inquebrantable para superarlos.

Cuando el destino amenazó con destrozarle los anhelos, él mostró agallas para triunfar. Así lo hizo desde su niñez en la ciudad duranguense, cuando estaba limpia de violencia, hace ya poco más de 55 años.

Si algún arquitecto se diera a la tarea de dibujar un croquis de la vida del gladiador, incluiría en primer lugar el cuadro que conforma el mercado José Ramón Valdez.

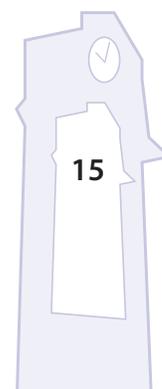
Una de las cualidades de Blue Panther es la solidaridad. El luchador Diamante relata cómo el gomezpalatino le mostró su compañerismo cuando ambos coincidieron en una gira por Tamaulipas.
“Panther es un buen luchador, muy buen maestro, pero es un excelente ser humano.

“Recuerdo que en una función en Tampico me fracturé la clavícula mientras luchaba. Me llevaron al vestidor y Panther se acercó conmigo y me dijo: ‘No te puedo mover, mejor que te inmovilicen y que te calmen el dolor.

“A partir de esa lucha yo me quedé en el hotel. La situación era que me tenían que trasladar al Distrito Federal para tratarme mi lesión. Lo que hizo Panther fue darme su boleto de avión para que yo me pudiera trasladar a la ciudad de México.

“Eso que hizo no tiene precio, yo nunca podré pagárselo. Se vio la gran humildad que tiene, su compañerismo y muy agradecido con él.

“Yo sé que Blue no sólo a mí me ha ayudado, sino a mucha gente”.



Gómez Palacio es uno de los 15 municipios que forman la Comarca Lagunera, zona azotada por la violencia. De diciembre de 2012 a enero de 2013 hubo 140 ejecutados. "Antes era muy tranquilo. Los jóvenes jugábamos a medianoche fútbol y los papás sacaban sus sillas para jugar lotería. Las muchachas andaban en bailes. Había quien fumaba marihuana, no coca. El Gómez que dejó no es el de ahora".

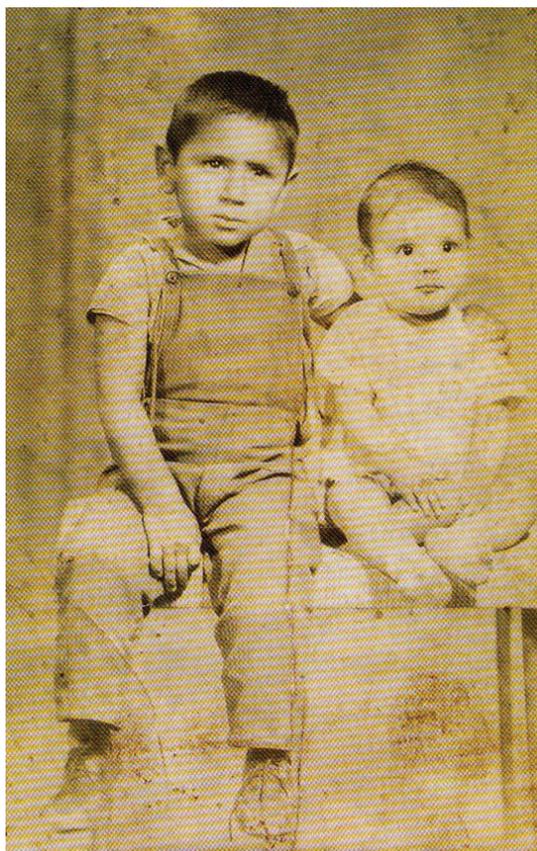
Aunque vio por primera vez la luz en una humilde casa, donde se convirtió en el séptimo hijo de Anselmo y doña María —quien ya era madre de Cecilia, Herlindo, Guadalupe, Manuela, Carmela y Vicenta—, el mercado fue la cuna de Genaro, el escenario de sus travesuras. El sitio idóneo para desfogar su energía de niño hiperactivo, en el que aprendió a trabajar para ganarse unas monedas.

Hasta ese lugar traslada su memoria, sentado ahora detrás de su escritorio, vestido con su bata blanca de médico, mientras se deja arrancar sentimientos con la grabadora.

Le gusta charlar y, al hacerlo, muestra una de sus habilidades: la de no tropezar con los recuerdos. Pareciera, cuando clava la mirada en un punto fijo, que su mente es un libro abierto al cual se acerca para leer y contar su historia con un lenguaje correcto, lleno de comas y puntos que dan ritmo al relato de su vida. Las lagunas, esos tres puntos suspensivos, las llena siempre con lo que le dicta el corazón.

—Vámonos, arriba, a chambear.

Cuenta Genaro que así le decía su madre cerca de la cinco de la mañana, cuando el sol aún dormía. El pequeño saltaba de la cama y corría a ayudarle a doña Mari en la fonda del José Ramón Valdez.



• Genaro (i), el séptimo hijo de doña Mari

En una hora a más tardar los desayunos debían estar listos; a las seis y media los clientes, con paso presuroso rumbo a sus trabajos, pasaban por su alimento. Eso lo sabían sus manos de niño, que apuraban la tarea de pelar papas, zanahorias, cebollas, limpiar pisos.

Pasadas las ocho, un atole y una torta de frijoles eran el premio al esfuerzo, el ritual previo para arreglarse y asistir a la primaria Bruno Martínez. Terminadas las clases de nuevo a darle duro a la talacha, a hacer los mandados, a realizar el aseo de los baños, a tirar los desperdicios de los puestos.

“El mercado lo conocía de pies a cabeza. Sabía todas sus entradas, salidas, túneles y escondites porque ahí me crié”, relata.

Los olores de la comida, de la sangre de la carne cruda, de las verduras, de los restos de la fruta y de la basura fueron parte de su geografía íntima. Ahí, rodeado de las mesas de madera bajo las que dormía cuando le ganaba el sueño y en medio del bullicio de los comerciantes, forjó su carácter sencillo, dio rienda suelta a su espíritu de niño inquieto. Aprendió, sobre todo, que su misión en la vida era superarse y ayudar a los demás.



Mercado José Ramón Valadez

Tomó el ejemplo de aquella mujer luchona que doblaba turnos para cubrir sus necesidades y la de sus hijos, siempre al pendiente de ellos, ofreciendo lo que podía.

“Mi madre tenía una fondita donde había una cocinita pequeña. Todavía existe, hay mucha gente que me conoce de aquella época y a quienes recuerdo con mucho cariño: Doña Rita, Eustolia, La China, La Prieta, mi mamá, mi abuela Agustina, Angelita, La Güera, todas esas fonderas que ya muchas no están con nosotros y otras tantas que dejaron el trabajo en esos puestos a su descendencia”.

En esa cocina económica su madre no cesaba de laborar. María, mujer que en vida fue un monumento a la entereza, una antología de desvelos para sacar adelante a sus siete pequeños, abandonados por el padre.

“Vengo de una familia humilde, de escasos recursos, en la que un padre nos abandona, no recuerdo a qué edad, pero nunca vi juntos a mamá y papá. Un día tuve un accidente,

me fracturé la nariz y al despertar en la Cruz Roja estaban los dos ahí conmigo. Fue la única vez en toda la vida. No sé si tuvieron ellos problemas, conviví con mi papá lo necesario, con mi mamá lo hice hasta su fallecimiento”, comparte.

Ahora padre de tres varones: uno de 28, otro de 25 y el más pequeño de 15, casado desde hace 30 años, para Genaro Vázquez sus hijos son el motor de su vida y se siente dichoso de poder orientarlos, luego de que él no tuvo de tiempo completo la presencia paterna en su infancia.

“La familia para mí es lo más sagrado. Agradezco a Dios que me dio la oportunidad de ser guía de mis hijos, a quienes he inculcado el respeto, la armonía, la tolerancia y la humildad. Ellos tendrán que agarrar de donde puedan y crean, porque el respeto se gana, el amor se gana y el buen orador enseña sin hablar y sin lastimar”.

El amor de su cónyuge, con la que contrajo nupcias en 1986, es otro de sus incentivos. La conoció cuando llegó a Salamanca, Guanajuato, a una función. El padre de ella era quien rentaba el ring para los eventos y la joven se encargaba de cobrar.

“Ahí me flechó, la fleché o nos flechamos. Es lo más bonito que he tenido con mi pareja. El compartir, el verla, es parte de mi motor, de mi crecimiento, tanto en mi plano físico como en el intelectual. Si no tengo su apoyo, vagamente hubiera conseguido mis logros, porque me hubiera llenado de presiones y sinsabores, pero ella está conmigo”.

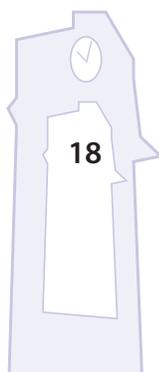
Ante la ausencia de su padre, la figura materna marcó a Panther durante su niñez. De ella aprendió los valores de la solidaridad, la humildad, el amor y la honestidad, esta última cualidad que optó por llevar ceñida como corona por el resto de sus días.

“No soy un santo, pero hasta el día de hoy puedo ver de frente y a los ojos a quien sea”, precisa.

Genaro recuerda a su progenitora sobre todo en esa noche de diciembre, cuando sin chamarra y siendo un niño lloró de frío. Y es que hay momentos que un hombre no olvida.

“Estaba muy chiquitín y en la noche me dio un frío impresionante. Mi madre me llevaba a un lado de ella, tapándome con sus enaguas, con su falda. Pasamos por los fierros, de esos que hacen lavabos, todo lo que conlleva construir con fierros. Al día siguiente fuimos con Carmelita, una de las famosas árabes de Gómez Palacio que vendía ropa de segunda, usada, y nos fío una chamarra. Son cosas que recuerdo con mucho agrado y no me da tristeza contarlas porque es parte de mi vida, de mi crecimiento y de lo que tuve que pasar para seguir caminando y tener las ganas de superarme”.

En su corazón también lleva tatuados los días al lado de su mamá en la fonda del mercado. El ejemplo de su caridad fue uno de los regalos más preciados que le heredó en vida.



El mercado José Ramón Valdez es uno de los símbolos de Gómez Palacio. Fue inaugurado en 1901 con el nombre de Baca Ortiz de Domínguez. En 1947 se incendió y tres años después fue reinaugurado por el presidente Miguel

Alemán. El mercado tiene un reloj que cada hora marca el número con campanadas. Está situado en una alta torre y cuentan que lo armó un experimentado relojero suizo que vivía en Lerdo. El centenario reloj aún funciona.

“Tuve la fortuna de que mi madre tuviera la cocina, pues hambre no pasé. Eran carencias de otra índole. A regañadientes, a gritos y sombreroazos, nos daba algo de comer. Pero sí había mucha gente de pueblos y ranchitos que bajaban a trabajar y no alcanzaban a cubrir sus gastos mínimos”.

—Doña Mari, no sea mala, denos de comer—, le decían personas procedentes del Vergel, San Ignacio, La Borrega, la 6 de Octubre, la 13 de Marzo que buscaban laborar, pero en Gómez Palacio a veces no había ni empleos ni dinero.

“Entonces se acercaban a mi madre. Ella siempre fue benévola y les daba algo; aunque fuera caldo con tortilla, para ellos era un exquisito manjar. Mi mamá tenía esa cualidad muy bonita de darles aunque sea sopa de arroz con tortillas y caldo”.

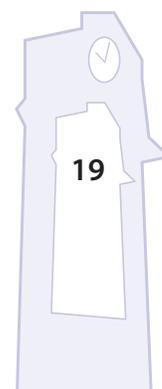
De ahí adquirió el gusto por ayudar a sus semejantes. Lo hizo con doña Mari, a la que nunca vio doblegarse y en la actualidad lo lleva a cabo con sus pacientes a quienes procura salud, aunque su carácter modesto le impide hablar de sus obras.

“Que lo que haga la mano derecha no lo vea la izquierda”, suele decir para ganarle la batalla al ego. Es su lema de vida.

Administrando sus palabras bajo consejo de la humildad, Genaro esboza el momento en que quiso hacerle un bien a su mamá y terminó por deprimirla, muchos años después cuando como Blue Panther ya tenía más economía por su trayectoria luchística.

“La saqué de trabajar del mercado y le puse una tiendita, allá en Gómez Palacio. Tuve la fortuna de acomodarle una casa donde vivía con una de mis hermanas, quien la cuidaba porque ya era grande. Se cayó y se luxó el brazo, la pierna, le pusieron una prótesis en la cadera y ahí empezó el declive, porque ella siempre trabajó muchísimo. Empezó a tener ciertas limitantes en cuestión de movilidad y en caminar; ella siempre fue muy luchona y con ese tipo de insuficiencias se deprimió”.

—No, compadre, es que la regaste en haberla sacado de trabajar, si era su vida, cómo crees que la vas a retirar así de la noche a la mañana. Déjala que se vaya y que ande *echan-*



do pata ahí con las fonderas—le dijo su amigo Antonio García Vázquez, un prestigiado anesthesiólogo de la Comarca Lagunera.

“La verdad yo me sentí culpable”, se sincera. “Cuando me la llevo a casa ella tenía su vida echa, su vida fue el mercado y al sacarla de trabajar le quité la vida. Ella empezó después con los problemas y le decía: ‘Váyase al mercado, a hacer algo’”, pero a veces doña Mari ni vendía porque su edad ya era avanzada y había otras cocinas que eran más amplias, además de otras maneras de obtener comidas alrededor del mercado.

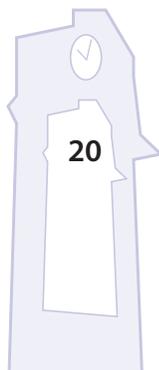
“Cuando se quiso regresar, el puesto ya lo habían traspasado. Siempre he dicho que parte de la culpa la tuve yo; por querer hacer algo bien hice algo mal. Hay que entenderlo así. Tuve un error garrafal al haberla sacado de trabajar, pero al mismo tiempo como hijo siento que hice lo que me competía en ese momento”.

Pasado un tiempo, por el auricular del teléfono su hermana le comunicó el desenlace temido: “Mamá ya terminó”. Genaro se trasladó a Gómez Palacio para despedirla, antes de la cremación.

“Ella terminó porque yo creo que así lo quiso. Ya estaba cansada, sin ganas de hacer muchas cosas y vio a todos sus hijos casados, con la vida hecha de alguna manera. Sólo queda un hermano soltero y tal vez esa fue la preocupación mayor que se llevó”.

Inevitable evocar su memoria. Cuando lo zarandé, por ejemplo, tras perder unas sandalias que le compró, o cuando le dio una tunda por escaparse de la escuela para comer en el mercado, a pesar de estar castigado. Sobre todo verla pelear día a día, jamás doblarse y desbordar cariño a sus hijos.

“Le doy las gracias a mi madre por la oportunidad de estar aquí, en este plano que es la Tierra, porque nos apoyó y nos sacó adelante con muchas tristezas, carencias, pasión y mucho amor. Eso sí nunca nos faltó”.



De vendedor de chicles, a bolero, lazarillo y monaguillo

La estrategia era la siguiente: recoger a don Paulín, un viejo de la vecindad de El Pujido, tocarle tres veces el hombro para que soltara su letanía —*una limosnita para este ciego*— y luego estirar la mano para recibir las monedas.

“Mi hermana Cecilia y yo le servíamos de lazarillos. Yo me lo llevaba a Torreón, a Lerdo, a la zona de tolerancia, y después nos repartíamos lo ganado”, rememora Genaro Vázquez uno de sus múltiples trabajos de la infancia.

Su itinerario diario comenzaba con la ida a la primaria. Al salir hacía la tarea y enseguida se armaba de su cajón para bolear, de las cajas de chicles o de los huevos cocidos para venderlos en las calles de Gómez Palacio.

“Los huevos los vendía alrededor del mercado. Había muchas cantinitas, ahora son lady’s bar. En ese entonces eran restaurancitos donde vendían cerveza, comida y había dos que tres muchachas ofreciendo sus servicios”.

Los baños del José Ramón Valdez también quedaban libres de sarro gracias a sus afanosas manos. “Me iba con Agustín Medrano, mejor conocido como *El Mierdero*, a hacer la limpieza de los inodoros públicos. Además hacía mandados, talachas en las carnicerías, tiraba la basura, que eran los sobrantes de las frutas para los jugos. Me dedicaba con don Eliseo a limpiar la cebolla y la papa o con don Luis González a descargar camiones de maíz, costales de frijoles. Todo eso fue parte de mi crecimiento”.

El gusto por ayudar a su mamá con esos tres o cuatro pesos producto de sus labores, afirma, es inenarrable. “Veía a mi madre que era bien trabajadora y sentía que de alguna



Genaro, acompañado de su hermana Cecilia

Genaro Vázquez también trabajó a finales de 1973 en la refresquera El Barrilito, como repartidor. La zona que le correspondía era La Alianza y la colonia San Joaquín.

manera yo participaba con el gasto. Me gustaba trabajar y ganarme el dinero de frente, ser honrado para el día de mañana mirar a los ojos a quien sea”.

Divertido, recuerda que hasta las puertas de la casa de Dios fue a dar. “Fui monaguillo por un día en la iglesia de Santa Rosa de Lima, por mi convenien-

cia. Tenía un amigo que le decimos *El Gallito*, se llama Rafael, y como los domingos daban dulces los del Instituto Francés de la Laguna, pues ahí me le acomodé. Nunca toqué la campana, pero estuve a un lado”.

Sobre su formación académica hay que decir que era más lo que trabajaba que lo que estudiaba, aunque fue un alumno con buena retención que no reprobó materias, “al menos no tan seguido”.

El único trabajo que se le negó fue el de soldador. Pasados seis años de primaria, dos de secundaria y un ciclo en que la dejó por carencias económicas (tiempo en que se dedicó a ser empacador en un mercado popular), se inscribió en el Centro de Capacitación para el Trabajo Industrial número 20.

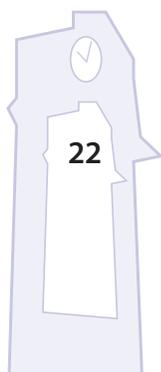
Ahí hizo el curso de soldadura, con tan buen desempeño que uno de sus maestros le ofreció empleo en Salina Cruz, Oaxaca.

—No te vas, cómo crees—le dijo su progenitora a Genaro, un muchacho ya de 16 años que jamás volvió, hasta la actualidad, a saber nada de fierros.

“La formación que nos dio mi madre —dice con un gesto que refleja agradecimiento— fue la que ella creía que era lo más correcto. Gracias a Dios, a ella y a las gentes a las que me acerqué no caí en excesos, en cosas triviales que me hicieran daño. Tal vez suene cursi, porque a pesar de donde me muevo, a los niveles en los que estoy, con los compañeros que he convivido, yo estoy limpio, mi niñez fue transparente”.

Y es que a Genaro, fiel admirador de *El Che* Guevara y Doroteo Arango, mejor conocido como Francisco Villa, le dan tristeza las injusticias, como en esos casos de luchadores que por abusar de la fama terminan contra las cuerdas y son relegados al olvido.

“Me da pena ver gente que ha estado en la opulencia y de ahí pasa a la mediocridad, al ocaso y a la nada porque nunca tuvieron la oportunidad de prepararse en algo más. Me da pena ver a aquellos compañeros que tuvieron, que fueron y en la actualidad ni siquiera voltean a verlos”.



Brincando topolinos

Entre la antología de pasiones de Genaro Vázquez destaca una: la del deporte. Sus músculos los esculpió en la transición de la secundaria a la preparatoria, periodo donde se dedicó al ejercicio. Pararse en una barra, hacer piruetas en las argollas, realizar mortales, era parte de su repertorio de adolescente inquieto por fortalecer su cuerpo.

“Hubo un momento en que, cuando pertencí al Deportivo de Pentatlón Militarizado de Gómez Palacio, yo brinqué un Volkswagen, al que conocíamos como topolino, en el famoso desfile del 20 de noviembre. Tenía mucha agilidad, pivoteo, resorteo y fortaleza en los hombros”, presume.



● Panther, durante un desfile del 20 de noviembre en Gómez Palacio, Durango



Último Guerrero (i); el ex delantero del Santos, Daniel Ludueña(c) y Genaro Vázquez

Fiel a su condición de niño hiperactivo, Genaro corría arriba de los trenes, en las vías y pasaba sus tardes en otro de sus gustos: el fútbol.

“Jugué en muchos equipos: El Barrio Azul, El Rastro, El Tepeché y hasta en la selección laguna infantil cuando estaba en la primaria. Nos juntábamos en la escuela 18 de marzo mi amigo Tomás Serna, El Nono y la Juanona, quien posteriormente fue jugador de fútbol profesional con el Club Laguna”.

Su posición en el lienzo verde era defensa. “Pasaba el rival o la pelota, pero nunca las dos cosas”, se ensalza. “Fui muy duro al jugar fútbol”.

El beisbol, el volibol y el basquetbol también lo arrojaron en sus filas. “En la secundaria, con el profesor José Paz, jugué básquet”, relata.

Jugaba de todo allá, en los juegos de la Comarca de Gómez Palacio, en el famoso Seguro Social. “En ese inmueble estaba el profesor Perico y ahí jugaba beisbol con uno de los grandes ampáyeres que nunca destacó más que a niveles del Seguro Social, el popular Mónico. En ese lugar había canchas de beisbol y fútbol”.

Capítulo 2. El luchador

Afilando las garras con un Halcón

Blue Panther desata las agujetas y se despoja de su máscara. Un gesto de dolor se instala en su rostro. Besa la preciada tapa y alarga el brazo para ofrecerla a su verdugo, con quien se funde en un abrazo.

Conmueve la escena. La cabeza de Panther reposa sobre el vencedor, quien le sacude el negro cabello en un acto fraterno.

Ya trepado sobre las cuerdas, Villano V eleva el codiciado trofeo, símbolo de la victoria. La Pantera Azul, desde abajo, fija su mirada triste en la capucha. Una vista en contrapicada que la hace lucir inalcanzable, irremediable. Y lo es.

En un impulso que le ordena su corazón, el gomezpalatino carga en hombros a su oponente, lo pasea por el ring, que riega con sus lágrimas. Lo mismo hace el triunfador con Panther.

Apenas sus pies tocan de nuevo la lona, el ídolo lagunero toma el micrófono. El aparato sirve de fiel amplificador de sus sentimientos.

“Te llevas lo máspreciado de mi vida, 30 años, pero sé y reconozco que queda en muy buenas manos, con un kamikaze, con un luchador, con uno que ha dado la vida por la lucha libre. Que eres tú”, pronuncia el de Gómez Palacio. Toma aire. Prosigue. “Estoy contento porque perdí con un gigante de la lucha libre, como tú. Te conozco y te reconozco”.

Culmina la frase y alza el brazo derecho del Villano; de la mano izquierda de su contrincante pende la máscara azul, escudera durante tres décadas de la incógnita de Blue Panther, un nombre creado por los caprichos del azar...



Hay muchos momentos que Genaro Vázquez ha olvidado, pero siempre recordará la tarde en que vio por primera vez la televisión en su casa. Su madre se la ganó en una rifa y ahí observó su caricatura favorita: la Pantera Rosa. Ese hecho del destino fue la primera puntada con la que mucho tiempo después confeccionó su máscara, su segunda piel durante 30 años.

“Nosotros no teníamos televisión. Vivíamos en la vecindad de El Pujido, en el Barrio Azul, y enfrente había una señora que tenía una tele. Cobraba 20 centavos por dejarnos verla y nos daba un plato de frijoles de la olla con cebollita y una o dos tortillas”.

Ahí fue su primer acercamiento con la famosa caricatura, en un aparato de bulbos que al cambiarle de canal sonaba trac, trac, trac. “También vi a El Chavo del 8, a los Banana Split, Voltar, la Señorita Cometa, Astroboy, pero me enamoré de la Pantera Rosa”.

Cuando vio al rosado personaje en la tele que la suerte puso en manos de su madre, la huella que le dejó aquel instante fue indeleble. “Se me quedó muy internamente guardado y de ahí surgió la idea de la Pantera Azul y Blue Panther, porque fue cuando vi televisión por primera vez en casa. Cuando prendimos la tele, ahí salió. Y cada día quería ver a la pantera”.

De pequeño, aún no se imaginaba cómo sería su máscara, pero ya poblaban su mente los deseos de ser gladiador. Su ingenio lo deslizó por las puertas de la arena Maciste para

ver en vivo las machincuepas que recreaba en su imaginación. En ese escenario, ubicado a una cuadra del mercado José Ramón Valdez, en Gómez Palacio, y que actualmente es una bodega de sorbo y trigo, luchaba su hermano *El Chato*. Y hasta allá llegó, como vendedor, para confirmar lo que quería ser en la vida.

“Mi hermano ya empezaba a hacer sus pininos y fui a verlo algunas veces. Cuando tenía para entrar, pues pagaba; cuando no, le pedía a Maciste que me diera oportunidad de vender refrescos o cervezas. En los intermedios de la lucha era cuando vendía; cuando estaba la función me sentaba arriba de la tina de las cervezas y desde ahí veía yo”.

Cuando Genaro comenzó sus pininos en la lucha libre, en 1974, trabajaba en un mercado popular, de empacador. Luego laboró con un árbitro, Alejandro Manzur, quien vendía ropa de segunda y con uno de los primeros chinos que llegaron a la Comarca, Raúl Wong, en la dulcería Juanito.

Su punto de ubicación estratégico era la parte de abajo de las gradas, para que los encargados de la vendimia no lo vieran y le llamaran la atención. “Lo hacía más que nada por no pagar la entrada que por ganarme un dinero”.

A eso se reducía el contacto del niño Genaro con la lucha libre: un guiño de aficionado. Su corta edad y las dificultades para que su progenitora lo dejara incursionar en la vorágine de un cuadrilátero eran sus obstáculos. Llegada su adolescencia, cuando por la cara se le asomaban 15 años, pudo al fin entrenar.

“Para ese entonces ya vivíamos en Victoria y 5 de febrero, a tres cuerdas del deportivo Ferrocarrilero. Ahí empecé a ir como aficionado, iba mi hermana conmigo, a veces me iba solo. Cuando no tenía para entrar le hacía los mandados a Doña Dora, quien tenía una cocinita donde vendía en las noches gorditas, enchiladas, tacos dorados, tacos suaves. Eran 50 centavos, un peso tal vez para entrar a la función, donde vi en aquellos años al Centella Azul, al Genio, a Bobby Barrera, a Dandy Montes, al Torito, a Limo Villa, quienes eran luchadores locales”.

Sus primeros conocimientos sobre el arte de las llaves y contrallaves los absorbió de Héctor López. Genaro habló con el entrenador del Ferrocarrilero, El Moro I, para que le diera la oportunidad de aprender.

—Espérame tantito, te voy a presentar a tu maestro—le dijo El Moro mientras le señalaba a López.

La primera práctica lo dejó como si lo hubiera azotado un huracán. “Me puso una arrastrada sin tocarme. Al tercer día no me podía mover, ni sentar, ni caminar, ni ir al baño. Comer era imposible para mí, tenía que aventarme la comida a la boca. Estaba muy, pero muy adolorido, no podía ni voltear el cuello”.

Llegó un momento, se sincera, en que creyó que si su cuerpo iba a ser víctima de tan intensos dolores, no iba a aguantar. Al fin y al cabo un hombre perseverante, regresó a entrenar. El sufrimiento pasó.

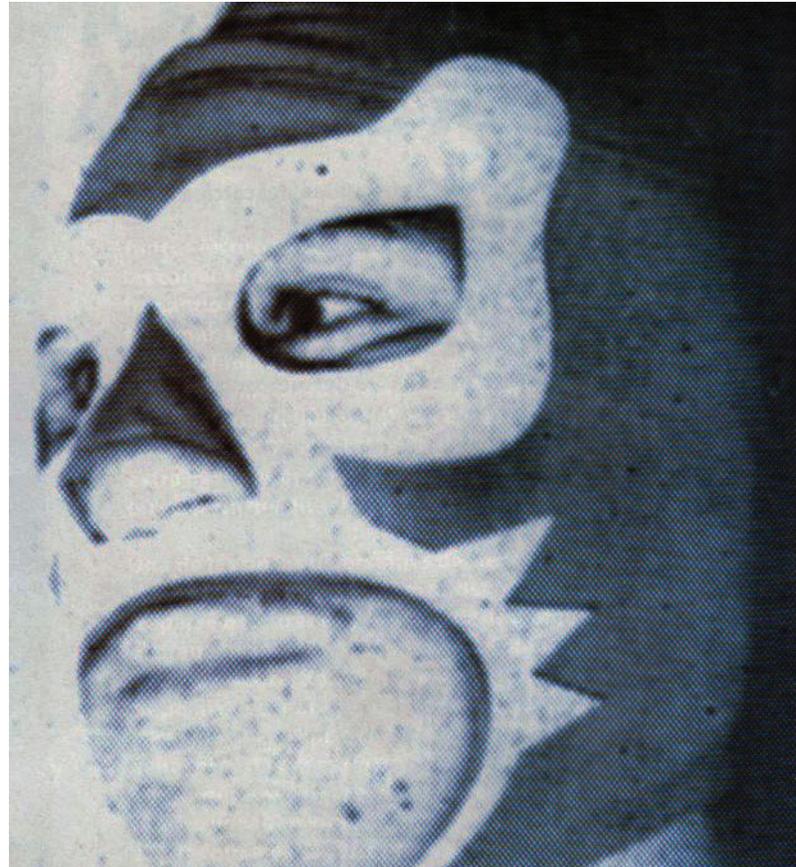
“Después de dos semanas ya era un dolor de fortalecimiento que yo mismo provocaba, porque si me ponían a hacer 10 sentadillas yo hacía 15. Quería aprender más, estar más fuerte”.

El ansia de apoderarse de los secretos de este deporte era un repique-teo constante en su interior. Bajo las enseñanzas de López hizo presentaciones con el mote de El Cachorro en el Ferrocarrilero, en Lerdo, en Parral y se lanzó con él a Ciudad Juárez, Chihuahua. A la aventura. Por primera vez lejos de su familia, de los rumbos gomezpalatinos.

Durante su estancia en Juárez se hospedó en la casa de Héctor López, quien vivía con su esposa Martha. Mas no duró mucho ahí.

—¿Sabes qué? Tengo problemas con ella, voy a tener que buscar dónde acomodarte—le anunció Héctor una fría noche. El señor Ramón Arám-bula, quien tenía un taller mecánico, se ofreció a darle asilo a Genaro.

“Era 1977. En Juárez estuve un mes y conocí mucha gente que aún la recuerdo y le agradezco porque me dio de comer cuando más necesité. Conocí a la señora Ofelia, a



Así lucía la máscara de Panther en sus inicios

Francisco Barraza, a sus hijos, a Ramón Arámbula que eran los que me daban la oportunidad de estar con ellos en su casa, viviendo como huésped, sin cobro alguno”.

Para responder al gesto, Genaro se levantaba temprano para ayudarlo a Ramón a limpiar su taller mecánico, a traer la leche, a hacer los mandados. “Me acomodé para ganarme el taco que me daban. Todos ellos son gente a la que le guardo mucho cariño”.

Aunque ya se presentaba a trabajar en varias arenas, sus bolsillos sólo estaban llenos de pelusas. “Lo que me ganaba yo nunca lo tenía en mi bolsa. Héctor López cobraba por mí, hacía los tratos por mí y me llevaba”.

De regreso de la ciudad fronteriza, ya en Gómez Palacio, se sintió desilusionado, derrotado. “Llegué con una mano atrás y otra por delante, porque no me fue tan bien, no tenía las armas ni el conocimiento que se requería para sobresalir”.

A Héctor López le absorbió lo más que pudo enseñarle, pero no llenaba sus expectativas. “No le recrimino, estoy seguro de que si hubiera sabido más, me lo hubiera enseñado”. En cierta ocasión, en Juárez, lo debutaron ya con el nombre de Blue Panther en una lucha estelar y a la semana siguiente lo relegaron a una primera. “Quiere decir que no estaba preparado. Así que regreso decepcionado luchísticamente”.

En una gira por Delicias, Chihuahua, Genaro Vázquez tuvo que cambiar su mote de El Cachorro porque ya existía otro luchador llamado El Cachorro Valderrama. Entonces recordó su caricatura favorita (la Pantera Rosa), el impacto que le causó verla en la primera televisión que tuvo su madre y pensó que él podría ser una pantera azul. Genaro le comentó la idea al promotor, el Zorro de Jalisco, a quien le agradó. Y así comenzó a luchar con el nombre de batalla que lo haría famoso: Blue Panther.

El panorama pronto se le iluminó. Era diciembre de 1977 cuando volvió a casa, justo en la celebración de la Virgen de Guadalupe. Genaro acompañó a su madre y a la señora Elvia, amiga de la familia, a la tradicional misa de Gallo. Después Elvia le presentó a su hermano Alex, una persona muy cercana a El Halcón Suriano, el hombre con quien aprendería a afilar sus garras en el mundo luchístico.

“Yo había escuchado hablar de él. Pertenecer a su escuela era lo máximo en aquellos entonces. Yo *no'más* lo veía de lejos”. Alex lo llevó con él y empezó a entrenar.

—¿Sabe lucha olímpica? — le preguntó El Halcón a Blue Panther, quien se lucía en

ese momento ejecutando mortales de atrás para adelante, parado en un pie, de todas las formas posibles.

—No sé, maestro.

—Bueno, pues por ahí vamos a empezar.

Nacía entonces en Gómez Palacio un año nuevo, 1978. Enero lo cubría todo con su helado aliento, pero dentro de Panther ardía una llama que lo acompañaría toda su existencia: la pasión por el pancracio.

Mañana, tarde y noche se ejercitaba con su nuevo mentor. Pronto aprendió a nombrar los movimientos de la lucha olímpica: qué era un derribe, un candado de frente, una japonesa, una maroma de tres cuartos.

Supo también dónde lastima un candado lateral y cómo defender la posición en cuatro puntos.

“Agradezco a mi maestro, nunca me voy a cansar de mencionarlo y agradecerle todo lo que me enseñó”.

Como recompensa a su dedicación, el gladiador lagunero se convirtió rápido en la mano derecha de El Halcón Suriano.

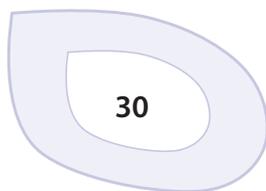
Algunas ocasiones apoyaba en las clases a su profesor, cuando éste necesitaba atender su gasera y su vulcanizadora que en la actualidad existe. Se llama *El Halcón Suriano* y está entre Torreón y Gómez Palacio. Entrenaban en los cuartos de una vecindad, en el piso, pues no tenían ring, sólo una tarima.

“Llegó un momento en que ayudaba a mi maestro bajo su supervisión. Me decía: ‘Ahora vamos a entrenar lucha olímpica’. Y así lo hacía. Estaba el grupo de los pesistas, los mamados, que era gente muy fuerte que se dedicaba a entrenar el físico. Practicábamos en la mañana lucha olímpica, después trabajábamos con las mujeres y luego con los mamados. Enseguida veíamos a los semiprofesionales y a los profesionales, donde yo ya era un alumno más de él”.

El Halcón le decía a Panther los ejercicios que debía enseñar. Ya en el grupo de semiprofesionales y profesionales, el maestro era quien hacía las rutinas con sus alumnos, al igual que ellos, trepado en un ring.

Mientras el gladiador lagunero daba forma a sus ilusiones, su hermana Cecilia, *Chila* de cariño, se convirtió en una eficaz cómplice, pues sin su ayuda le era imposible escaparse a entrenar.

“Mi madre nunca supo lo que yo hacía, hasta que empecé a medio figurar en la Comarca Lagunera”, cuenta divertido. “Quienes sabían todo eran mi hermana Cecilia, mi cuñado Márgaro y un primo lejano llamado Elías. Ellos eran mis cómplices, pero la principal era mi hermana *Chila*.”



Ella me sacaba la mochila de mi casa o me la guardaba, mientras mi cuñado entretenía a mi mamá, porque donde vivíamos el primer cuarto era de mi madre y para salir de ahí tenía que distraerla, pues todas las madres son muy perceptivas, tienen una intuición impresionante”.

Gracias a ellos, Panther podía ilusionarse con pertenecer a la División del Norte, una de las empresas de lucha libre más importantes en los 70, que dominaba la escena en Monterrey, Cadereyta, Laredo, Reynosa, Matamoros, Durango, Piedras Negras, Monclova, Gómez Palacio, Lerdo. Comandada por René Guajardo, a quien apodaban *El Rey*, se convirtió en un semillero de figuras como Rino Castro, los Hermanos Corso, Valente Hernández, entre otros.

Marco Tulio, brazo derecho de Guajardo, aguzó el ojo y su olfato luchístico el día en que visitó los entrenamientos de El Halcón Suriano. De entre todos sus pupilos, su mirada reparó en uno.

—Le presento a Blue Panther —dijo El Halcón a Marco Tulio.

—Mucho gusto—, respondió el lagunero, quien enseguida escuchó una promesa mientras le estrechaba la mano al hombre de confianza de *El Rey*.

—Cuando haya una oportunidad, veremos qué pasa.

Panther intensificó sus entrenamientos de martes a viernes. Los domingos iba a *ranchear*, a presentarse en arenas ubicadas alrededor de Gómez Palacio.

“Íbamos a Bermejillo, a Parral, Chihuahua, con las estrellas máximas que traía El Halcón, como El Espanto III, El Verdugo Chaires, Vicente Nuño, El Pelón Aguilar, El Cavernario Galindo III. Yo ya empezaba a luchar y cobraba, pero no veía el dinero.

René Guajardo (1934-1992) fue uno de los rudos más temibles en los años 60 y 70 y multicampeón de peso medio. En 1974 creó la División del Norte, empresa en la que combinó su actividad de luchador con la de destacado promotor.

La calidad era el primer requisito que el apodado Rey Moro solicitaba a quienes deseaban incursionar en su firma. Blue Panther fue uno de los gladiadores que le llenó el ojo, un ojo difícil de complacer, como relata Villano III: “Entrar a su grupo de luchadores no fue nada fácil, pues era muy exigente y siempre me comprometí a echarle muchas ganas para que me volviera a llamar. Cuando lo lograba me programaba con las grandes estrellas del momento, como Ángel Blanco, Karloff Lagarde, El Solitario, Aníbal, El Santo, Blue Demon y hasta mi propio padre (Ray Mendoza)”

Tomado de Mendoza, César. “Monterrey y la División del Norte... Ahora sí, junto a los grandes” en Luchas 2000, 7 de noviembre de 2005, número 291, página 7.

Como no pagaba colegiatura ni gimnasio, ni las clases que me daba mi maestro, pienso que para eso lo usaban. Yo así lo tomaba: si no cobro un centavo, pues no soy profesional”.

Muy pronto lo fue. El 8 de octubre de 1978 irrumpió en la práctica Óscar Galindo, un aficionado de hueso colorado que se codeaba con Marco Tulio y era muy conocido en el ambiente de los costalazos.

—Halcón, me manda Marco Tulio, nos falta uno para la segunda lucha, ¿a quién tienes?

—Ahí está Panther, llévatelo.

Blue Panther se dirigió lleno de adrenalina a su casa, ubicada ahora en el barrio de El Ranchito. Galindo lo llevó hasta ahí en su topolino. Cuando cruzó la puerta de su hogar, vio a su hermana Cecilia.

— *Chila*, voy a trabajar, voy a luchar ahorita, pero está mi mamá en la entrada— expresó con voz apresurada. El reloj marcaba las siete y media de la noche y el destino se confabulaba con Panther para cristalizar sus anhelos.

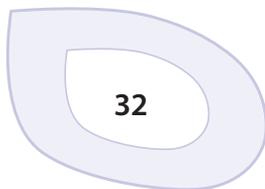
—Manito, ¿qué hacemos? Pues órale, echa tus cosas.

—Ya están en la mochila, pero me la tienes que sacar.

— Márgaro, Elías, háganle la plática a mi mamá—ordenó Cecilia al par de compinches—. Tú ya vete, Genaro, a ver qué chisme le digo a mi madre.

En la esquina, el enviado de Marco Tulio aguardaba a Panther a bordo de su auto. Ahí, la Pantera Azul recibió la mochila de manos de su hermana. Antes, ya se había despedido de su mamá con una mentira piadosa: “Ahorita vengo, voy a dar una vuelta”.

Panther desconocía con quien iba a luchar, cuánto le pagarían. Su única certeza era que lo haría en la segunda lucha, en reemplazo de un gladiador de nombre El Cachorro. Allá, en el ring del Olímpico Laguna, ya lo esperaba La Bestia.



Una aventura con olor a amoníaco

Corpulento, alto, su espalda y su cuerpo semejan muros grafitados de alguna ciudad: tal es la saturación de tatuajes. Mirada retadora, de esos ojos fijos que no se toman un tiempo para parpadear. Así lucía la Bestia, el rival que marcó la entrada triunfal de Blue Panther al profesionalismo.

Del otro lado, la Pantera Azul. Máscara felina, amarilla con tonos celestes. “Éste va a matarme”, pensó. Y el miedo se le enrolló como serpiente bíblica en el árbol del bien y del mal.

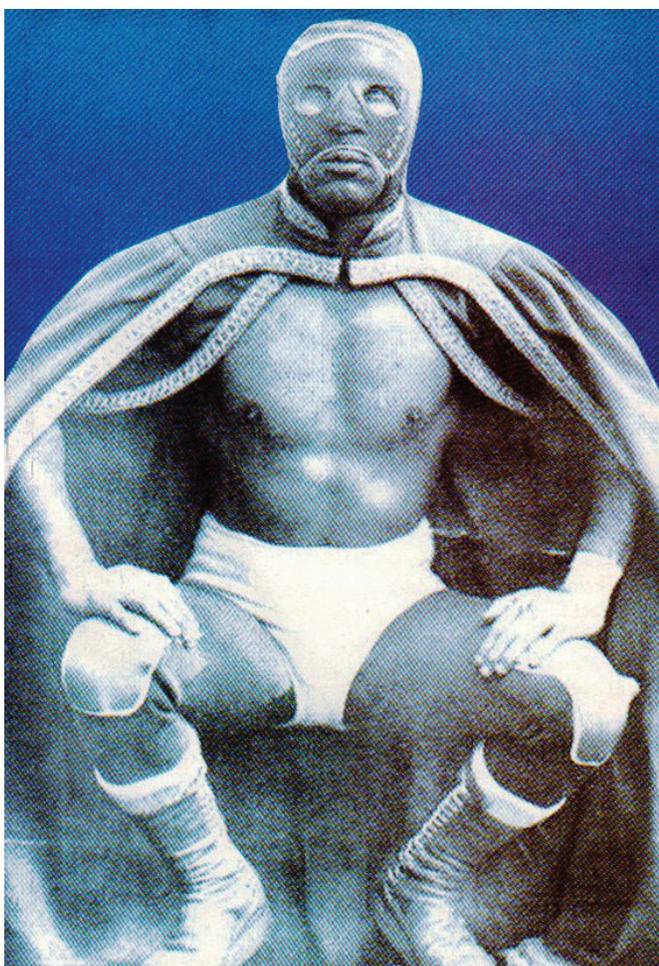
“Cuando lo veía luchar me daba temor, se veía impresionante, me imponía mucho porque era muy méndigo, se metía en su personaje. Y a mí se me subió y se me bajó todo”, recuerda.

Arriba del cuadrilátero, Panther no tardó en enloquecer a la gente. “El público de la Comarca ya me conocía, porque yo andaba en las arenas chicas. Cuando me subo al ring hago lo que tenía que hacer: enfrentarme a ese señor. Brinco, ejecuto mortales de lado a lado, con un dedo, con la pura mirada, cosas muy diferentes para aquellos años”.

El acierto del lagunero fue explotar sus conocimientos. Supo atraer a la gente por sus puentes olímpicos, giros y derribadas espectaculares. “Aquí lo saco todo, lo que pueda”, se decía a sí mismo. Y ganó.

Enseguida vio por primera vez su sueldo en sus manos: “Ése sí ya fue mío, 250 pesos que me dieron en Gómez Palacio. No recuerdo en qué me los gasté, pero seguro fue en equipos, en invitarle a alguien de comer. Ese dinero me sirvió un par de días mientras sabía qué era lo que iba a pasar conmigo, qué destino me esperaba”.

La respuesta la obtuvo pronto. Apenas bajó del encordado, Marco Tulio lo llamó.



—Joven, ¿usted puede salir de Gómez Palacio?—le preguntó a la Pantera. Éste asintió.

— Pues agarre sus cosas porque nos vamos de gira a Monterrey.

Trepado en la camioneta con destino a la capital de Nuevo León, en el interior del felino azul florecía un huerto de incertidumbre. ¿A dónde llegaría, si no conocía a nadie? La angustia se apaciguó cuando un amigo suyo que viajaba con él, Mario Moreno Ráfaga, le ofreció hospedarse con El Pony, el personaje que tiempo después sería crucial al hacerle los equipos de lucha al lagunero.

“Llegué con él a un cuartito, tenía una casa de hospedaje que por años dio albergue a los luchadores. Ahí llegábamos todos porque no se nos pagaba hotel a muchos. Le caías donde podías y dormías donde te ganaba el sueño”.

Genaro se presentó en la arena de La Villa de Guadalupe y luego en Cadereyta con el nombre de Blue Panther y supliendo a El Cachorro. En ese viaje conoció en persona a René Guajardo.

“Cuando lo vi en el vestidor se me caían los calzones, se me subían”, describe el felino gladiador la emoción de estar frente a uno de los hombres más influyentes del norte en el mundo luchístico. También se topó con Fishman y El Perro Aguayo, cuando eran las máximas estrellas. Todo le cambiaba al lagunero.

—Así que tú eres Panther—, le dijo Guajardo mientras lo barría de abajo para arriba. Me han platicado maravillas tuyas; voy a ver si es cierto.

El Halcón Suriano Júnior, hijo del Halcón Suriano, recuerda así a Blue Panther:

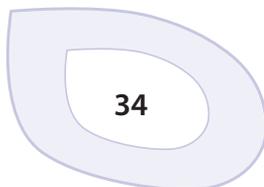
“Él venía todas las mañanas con otros chicos, a las cinco y media, y despertaba a mi padre; era un relojito. Pegaba un grito: ‘Ya estamos aquí’, decía y mi papá se levantaba y los recibía.

“Yo era todavía un niño y recuerdo que un día escuché entre sueños el grito del profesor. Mi papá se levantó, asomó la cabeza por la ventana, vio el reloj y se dio cuenta de que no eran cinco, eran las tres de la mañana.

“¿Qué no saben qué hora es? ¡Son las tres! Váyanse de aquí. Geranio (así le decía el Halcón Suriano a Blue Panther), ¿qué no tienes reloj? Pues cómprate uno!

“Entonces Genaro y sus demás acompañantes se regresaban en sus bicicletas. Así eran sus ganas de superarse.

“Blue Panther es un prócer, un ejemplo para los jóvenes. Si ven que aquel chamaquito que trabajaba desponchando llantas con mi padre en la vulcanizadora pudo salir adelante con su esfuerzo, pues claro que todos pueden!”



Se lo demostró sobre el universo de 12 cuerdas que era el Olímpico Laguna, donde enfrentó, en pareja con El Cachorro, a Tony Cresce e Indio Payutla.

De nuevo Panther tuvo que regresar a Torreón. La noticia sorprendió tanto a él como a El Halcón.

—No se apachurre ni se agüite—, le aconsejó su maestro. Échele ganas porque esto es sólo el inicio, vamos a seguir entrenando.

Tres veces salió el sol y tres veces se ocultó cuando Marco Tulio le comunicó a El Halcón que Panther estaba de nuevo programado en las funciones de Monterrey.

“Todo iba saliendo bien, se me iba dando, tenía ocho días para prepararme e incursionar en las famosas filas de la División del Norte. Comencé a entrenar cuatro veces al día. En la mañana me iba a correr con El Halcón. A las cinco y media ya estaba yo chiflándole debajo de su casa porque tenía hambre de aprender”.

Y con esas ansias, alumno y maestro emprendían la carrera a lo largo del río Nazas, ubicado a unos 20 metros del gimnasio donde practicaba. Sus aguas eran testigo de cómo al de Gómez Palacio se le perlaba la frente. No sólo deseaba ser un luchador, también quería parecerlo. Y ese intento por poco lo paga con su vida.

“Nos estábamos asoleando a las orillas del río. Sacamos una botellita de aceite de coco que le habían regalado a El Halcón. Quería uno verse morenito, atractivo, tener presencia. También llevábamos amoniaco y pensamos echárnoslo junto con el aceite para que el vello corporal se hiciera güero y agarráramos el bronceado, pero pusimos el amoniaco al calor del sol, tapado y cuando lo destapamos salió volando. Nos estábamos ahogando y nos aventamos al piso porque era un olor muy fuerte”.

Recuperado del susto, la Pantera Azul incursionó de manera oficial en la División del Norte. Fueron 15 días, en diciembre de 1978, en los que el frío extremo de Monterrey fue un mal consejero en las heladas noches, cuando una cobija resultaba insuficiente para anestesiarse las bajas temperaturas en ese cuarto donde la delgada sábana, un ropero y una estufa de gas eran sus compañeros.

“Pensé seriamente en dejar todo, hacía un friazo impresionante. Me ganó el sueño porque tenía frío, estaba llorando. Era muy joven y nunca me había salido tanto tiempo de mi casa. Entonces me dije: ‘Yo no regreso derrotado a Gómez Palacio’”. Sus propias palabras le servían de terapia.

Panther pasó las fiestas decembrinas con su familia, en Gómez Palacio. Cuando amanecía el año 1979, Ciudad Juárez fue su plaza de trabajo durante tres semanas. En febrero, regresó 15 días a Monterrey.

—Señor, ¿hay oportunidad de quedarme?—, le preguntó el lagunero a Guajardo. Ya

no quería regresarse a la Comarca, pues deseaba foguearse más. Tenía sed de conocimientos.

—Está bien, *ñero*, pero no me comprometo a darle muchas funciones. Yo solamente lo cuido, pero trabajo no le garantizo—le respondió.

—No se preocupe, no pasa nada.

Así transcurrió un mes. A veces luchaba un día o dos, el dinero comenzó a brillar por su ausencia en sus bolsillos y Panther no veía la manera de pagar su hospedaje, su comida. La mesereada lo sacó de apuros.

“Yo fui mesero en Monterrey. El Pony y su padrastro, que era el jefe de los meseros, me enseñaron a servir mesas. En los lugares a los que me llevaban, al acabar la pachanga, agarrábamos la escamocha, que eran los platillos que la gente dejaba, casi sin haberlos comido. Juntábamos una cantidad considerable y con eso comíamos varios días. Por ejemplo, si era barbacoa, un día la hacíamos en tacos, otro a la mexicana o con huevo. Si el platillo estaba intacto, pues ahí mero le pegábamos”.

Más de treinta años después, Blue Panther reflexiona, desde su consultorio de acupunturista, sobre aquella etapa de su vida. “Todo el peregrinar de este personaje ha estado lleno de altas y bajas, cuestiones muy naturales, porque entiendo que tenía que sufrir todo esto para valorar la situación en que me encuentro en la actualidad”.

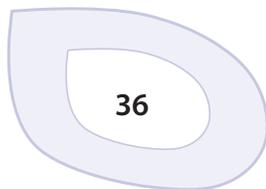
Panther acumuló una antología de experiencias en Monterrey, donde estuvo hasta septiembre de 1979. En ese lapso entrenaba con René Guajardo, quien aparte de ser el jefe de la División del Norte, era una súper estrella de la lucha libre con Promociones Mora, que apoyaba a los gladiadores independientes y viajaba mucho al Distrito Federal.

También practicaba al lado de Ray Mendoza, Villano III, Fishman, Solar. Cuando luchadores de la capital mexicana acudían a funciones en Monterrey, la Pantera Azul iba por ellos al gimnasio o al hotel.

“A veces me agarraban de costal, como Mendoza y Guajardo, pero yo aprendía mucho. Ellos me usaban de sparring para buscar llaves de rendición, derribadas, amarres y a mí me gustaba porque yo también obtenía conocimientos y de alguna manera se fijaban en mí”.

Fue por aquellos años cuando el felino azul ganó su primera máscara. Junto con El Matemático, dejó sin incógnita a La Bestia y Simio Blanco.

“Fueron muy buenas máscaras, que en su momento en el norte tenían mucha fuerza. Algunas de las tapas las conservo, otras están en la Comarca y unas más en los cambios de domicilio se me perdieron. Tantas capuchas que fueron parte de mi historia y que me sirvieron como impulso para seguir preparándome”.



En ese trajín, Panther se daba tiempo de visitar a su mamá, quien ya sabía a lo que se dedicaba su hijo. Y pronto, una nueva meta se instaló en su mente: luchar en la ciudad de México, con los Independientes.

“Hablé con Guajardo para pedirle esa oportunidad, porque la División del Norte aportaba mucho talento para el DF. Estamos hablando de Jungla Negra, Centurión Negro, Rino Castro, Valente Fernández, infinidad de gente que probaba fortuna en México”.

Al ver que el éxito les sonreía, Panther quiso tentar a la suerte. “A mí también me puede ir bien”, se animaba. Ya formaba parte de las carteleras estelares y semiestelares y se codeaba con gente de la ciudad de México, como Las Sombras de Plata, Los Bengala, El Signo, Negro Navarro, Ultramán, Súper Astro, Blackman, Lobo Rubio, Los Villanos, que eran parte de su camada.

Ya se había enfrentado a todos ellos y sentía que sus capacidades le alcanzaban para buscar un pedazo de gloria.

—¿Sabe qué, *ñero*? Prepárese porque debuta el 16 de septiembre en México— le comunicó Guajardo. Una enorme sonrisa amenazaba con desbordársele de la cara.

Blue Panther ha ganado varias máscaras: Misterio de Oro, la Bestia y Simio Blanco (en pareja con El Matemático), Oro, Gorila Infernal, Brillante, Bull Power, Luzbel, Las Sombras de Plata I y II (en pareja con Black Man), Avispón Negro, Kendo, Love Machine, El Nuevo Huracán Ramírez Júnior, Lizmark Júnior y Tigre Universitario.

Nace el Maestro

Acaso un par de máscaras, dos pantalones, algunas playeras y unas botas de trabajo echó Blue Panther a su maleta roja. El resto del espacio lo llenó con sus ilusiones. La petaca era una Samsonite de segunda mano que había comprado en Ciudad Juárez y él se dio a la tarea de pintarla de un rojo reluciente. Con su equipaje en mano, regresó de Monterrey a Gómez Palacio para despedirse de su familia.

“Mi hermano *El Chato* me regaló un pants de segunda y me lo traje, junto con la bendición de mis hermanas, de *Chila* y de mi madre, que ya sabía quién era yo. Y pues órale, que te vaya bien y échale ganas”.

Al pisar la capital mexicana, Panther se dirigió a la calle de Aldaco número 16, interior 12, lugar donde se iba a hospedar, muy cercano al gimnasio Romano. Ahí llegaban los luchadores procedentes de varias partes de la República mexicana. La indicación era buscar a la *jefa*.

“Agarré un taxi. Llegué a Salto del Agua y yo, provinciano, vi muchos carros, mucho movimiento y me quise hospedar en un hotel. Lo vi tan rústico que pensé que era barato. Un señor bajó por mí y se llevó mi petaca, me fui detrás de él. Si mal no recuerdo me cobraban 35 pesos por noche. Sólo traía 70 pesos, entonces me salí con todo y mi maleta”.



Promociones Mora fue una empresa de lucha libre comandada por Francisco Flores y Carlos Maynez, dos de los grandes promotores del pancracio mexicano. El consorcio también llevaba el apellido del amigo de Flores, Benjamín Mora, fallecido en 1973. Ahí se crearon ídolos como Los Villanos, Los Brazos, Ultramán, Los Fantásticos, los Misioneros de la Muerte, Canek y el mismo Panther.

Superastros de la lucha libre mundial procedentes de Japón y Estados Unidos vinieron a México gracias a esta empresa.



Felipe Ham Lee (i), Blue Demon y Blue Panther

Ya en Aldaco, la *jefa* le proporcionó una cama en un cuarto que compartía con ocho compañeros. El costo era de 10 pesos, sin comida.

Una vez instalado, se presentó en Artículo 123, en las oficinas de Promociones Mora, para hablar con el señor Carlos Maynez. En su camino, quedó impresionado con la Torre Latinoamericana, que sólo había visto por televisión. En las oficinas se topó con Maynez, Carlos Lucio Lagarde y Francisco Flores, éste último el jefe del Toreo de Cuatro Caminos.

—¿Cuáles son sus planes? ¿Quiere hacer una temporada aquí o se va a quedar?— le preguntaron.

—Me quiero quedar.

—Está bueno, para que lo tomen en cuenta en la sábana luchística. Mañana debuta usted en Jalapa, Veracruz.

Era 16 de septiembre de 1979. De regreso, Panther se integró de lleno a Promociones Mora y pulió sus conocimientos en el gimnasio Ham Lee, con el Villano I. Guajardo, el Rey de Monterrey, seguía sus pasos y pidió que le dieran trabajo bajo la condición de que si no servía, lo bloquearan. Su próxima función sería en Xochimilco.

El movimiento de los Independientes surgió en los años 70, cuando la Empresa Mexicana de Lucha Libre (hoy Consejo Mundial de Lucha Libre) despidió a gran parte de su elenco debido a enemistades con el dueño, Salvador Lutterot Camou; lesiones o veteranía. Entre los apartados se hallaban figuras como Ángel Blanco, Coloso Colosetti, Blue Demon, Felipe Ham Lee, Rayo de Jalisco, Ray Mendoza, Black Shadow y Huracán Ramírez.

Todos ellos fortalecieron el elenco de Promociones Mora. Además, esta revolución tuvo su origen en malestares de los gladiadores con la Empresa Mundial de Lucha Libre, que los obligaba a realizar giras extenuantes en las que viajaban aglutinados en camionetas, rumbo a plazas alejadas, con pocas horas para comer y dormir y con sueldos que dependían del número de aficionados congregados en las arenas.

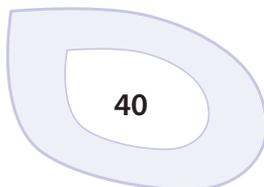
“Yo nunca estuve programado ahí. Cuando llego dije: ‘¿Qué pasa aquí?’, pero de inmediato me subieron en una lucha extra contra El Negro Casas porque había que hacer tiempo para que llegara Guajardo, quien venía retrasado en un vuelo desde Monterrey. En esa ocasión me dieron 50 pesos y luché por primera vez contra El Negro, lo recuerdo bien porque me quedó muy marcado”.

Esa fue la entrada del luchador de Gómez Palacio a los Independientes. El fulgor del Divino Lagunero estaba a punto de ofrecer todo su esplendor.

“Se llamaban Independientes porque se salían de la Empresa Mexicana de Lucha Libre (hoy Consejo Mundial de Lucha Libre) que era la que dominaba este deporte a nivel de la República mexicana. Yo no estuve cuando fue esa revolución. René Guajardo, Aníbal, El Vitaminas fueron los precursores, junto con el señor Flores y el señor Maynez, que iniciaron este movimiento bajo el nombre de Promociones Mora”, que después tomó el nombre de Lucha Libre Internacional cuando incorporaron a estrellas estadounidenses y japonesas.

Blue Panther trabajó con el señor Flores en plazas como Poza Rica, Pachuca, Toluca, Tulancingo, el Toreo de Cuatro Caminos, la arena Neza, la arena Querétaro, que eran las bases de los Independientes.

La década de los 80 hizo su aparición y regaló a Blue Panther un éxito más: la distinción de novato del año, otorgada por revistas especializadas como *Halcón*, *sólo lucha libre* y *Combates de Lucha Libre*.





De izquierda a derecha: Carlos Maynez, Francisco Flores y El Maestro Lagunero, cuando trabajó en Promociones Mora

A la par de sus logros llegaron las rivalidades para el lagunero. Las Sombras de Plata I y II fueron sus primeros enemigos, a los que combatió al lado de Black Man.

“Black Man era un excelente técnico y yo, que en ese entonces también pertenecía a ese bando, empezamos a tener cierta unificación, ciertos objetivos comunes de querer sobresalir. Iniciamos como pareja y se creó el pique con Las Sombras de Plata I y II, dos luchadores excelentes de aquellas camadas y a los que desenmascaramos en el Toreo de Cuatro Caminos, un 20 de noviembre de 1984”.

El Matemático fue el siguiente rival en la lista. “Era uno de los gladiadores más innovadores de la lucha libre, porque tenía otros estilos de entrenamiento, otras facilidades para moverse arriba del ring con mortales para atrás, subirse a las cuerdas, bajarse, porque él era gimnasta”, describe a su antiguo contrincante.

A mediados de los 70 no existía el apoyo de la televisión para transmitir las funciones de lucha libre, por lo que las revistas especializadas eran el medio a través del cual se daba proyección a los gladiadores.

El periodista Héctor Valero Meré (1934-1994) creó las revistas Halcón, sólo lucha libre y Combates de lucha libre, que gozaban de elevado tiraje.

“En la actualidad, muchos movimientos aéreos que él hacía los siguen practicando, así que no han inventado gran cosa: la matemática, el rebote, infinidad de cosas”.

Motivos había para desatar una guerra encarnizada entre Panther y El Matemático, quien era campeón mundial de peso welter. Blue estuvo mucho tiempo detrás de él, perdió la cuenta de las veces que fracasó para poder triunfar, lo cual logró el 16 de diciembre de ese mismo año. El cinturón tan cotizado adornaba ya la cintura del gomezpalatino.

“Fue mi primer cinturón mundial. Previo a eso yo había tenido muchos otros: el de Jalapa, el de la arena Apatlaco, el ligero del norte, pero no uno mundial. Eso fue parte de mi disparador para crear más fuerte el nombre de Blue Panther”.

El de 1984 fue un año cargado de éxitos para la Pantera Azul, quien también ganó las máscaras de Gorila Infernal, Bull Power y Luzbell, así como la cabellera de El Brillante.

El de la Comarca dimensiona el valor de sus primeras victorias que fueron el cimiento de su exitosa trayectoria, en una época donde darse a conocer en la República mexicana significaba adentrarse en una tarea titánica sin la ayuda de la televisión.

“Teníamos que dar las mejores luchas. Empezábamos a ir por todo

TÍTULOS DE PANTHER:

• *Campeonato Ligero del Norte IWA*

* *Campeonato de Parejas de Naucalpan con Black Terry*

* *Campeón Mundial Welter UWA (1986)*

* *Campeón Mundial de Peso Semi-completo Jr UWA (1986 y 1988)*

* *Campeón Mundial Medio del CMLL (1991)*

* *Campeón Nacional Medio (1992)*

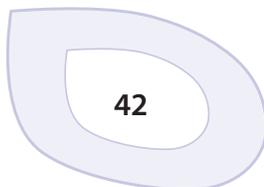
* *Campeón Nacional de Tríos (1995), con Fuerza Guerrera y Psicosis y una segunda vez con Fuerza Guerrera y El Signo*

* *Campeón Mundial de tríos del CMLL (con Dr. Wagner y Black Warrior en 1998 y con Dr. Wagner y Fuerza Guerrera en 2002)*

* *Campeón Mundial Medio WWA (2000), tras ganar a Hijo del Santo*

* *Campeón Mundial de Parejas (2004), junto con Atlantis*

* *Primer torneo de la arena México, La Leyenda Azul (2000), al vencer a Mr. Niebla*



México para conocerlo y que nos conocieran, porque para tener una imagen a nivel nacional era necesario recorrer toda la República, ganando el aplauso y el reconocimiento de los aficionados. En la actualidad, con la televisión, en cuestión de segundos estamos en todo el mundo, antes no se transmitían las luchas ni había Internet. La modernidad es muy buena porque apoya a muchísima gente, aunque lastima a otras tantas”.

Los celos fueron la bomba que hizo explotar otra enemistad de Panther en el cuadrilátero: Black Man, su entonces compañero, le declaró la guerra. Ya lo había despojado de su cinturón mundial de peso welter y el lagunero tuvo que dejar el bando técnico para nutrir el de los malosos.

“Él tenía un estilo tan limpio, tan pulcro, que pensaba que era lo máximo volando. Entonces empezó el celo profesional y los dos ya no cabíamos en la misma esquina”.

El antagonismo inició primero contra el trío Los Nuevos Fantásticos, que Black Man formó junto con Kendo y el Avispón Negro, pero la hostilidad se centró en poco tiempo sólo en Panther y El Hombre Negro, cuyo pique tiñó de sangre los encordados.

Muchas de sus contiendas, por exceso de rudeza, fueron detenidas. “Lo lastimaba yo o me lastimaba él; quedaba ensangrentado yo, o quedaba ensangrentado él”. No había vuelta de hoja y todo culminó en una lucha de apuestas, máscara contra máscara, el 16 de febrero de 1986 en el Toreo de Cuatro Caminos, la *cueva* de los Independientes.

“Me preparé, fui mejor esa noche. Le gané en un tornillo que hacía él, ese tope lo tenía bien medido, me tenía medido, pero era su tapa o la mía. Me comporté antiprofesional, pero como haya sido, gané. El triunfo me lo llevé yo y él se tuvo que quitar la máscara; con marrullerías o sin marrullerías, pero gané”.

Más de dos décadas después, Blue Panther comparte la adrenalina del momento, se transporta a aquellos instantes de vértigo. “Se siente la potencia o la impotencia de decir: ‘Me va ganando y tengo que echarle ganas’. Cuando lo veo venir, seré antiprofesional, pero era su máscara o la mía. Hay cosas que se piensan en fracciones de segundo, pasan 20 mil películas”.

La emoción era grande, tanto como deportivamente lo fue su rival. Black Man presumía el campeonato welter, una jerarquía y triunfos en Japón, mientras Blue Panther forjaba apenas su nombre.

“Aún no tenía el conocimiento que tengo en la actualidad, porque yo sigo aprendiendo, siempre he ido al gimnasio para conocer los valores de la lucha libre de los 70, 80, 90, del 2000. En ningún momento he dejado de aprender”.

Dos semanas después de que Panther destapó a Black Man, el Avispón Negro intentó



Desenmascaró a Black Man, Avispón Negro y Kendo

cazar al verdugo de su compañero, pero corrió la misma suerte cuando el felino azul lo despojó de su capucha.

También cayó en sus garras el japonés Gran Hamada, a quien le arrebató el campeonato mundial de peso semicompleto en 1986, cinturón que expuso con éxito ante Solar en 1988. A Kendo, el último de los integrantes de Los Nuevos Fantásticos que le faltaba por destapar, lo derrotó ese mismo año, en Tijuana.

La carrera del Divino Lagunero en los cuadriláteros comenzaba a alcanzar el esplendor, al imponerse en lucha de apuestas a rivales que en el papel lo aventajaban en experiencia o jerarquía, pero que al final eran destazados por la Pantera.

Blue Panther se emociona al abrir la caja de los recuerdos de esos años 80, en los que forjó los cimientos de su carrera a base de triunfos, en una época donde el Toreo de Cuatro Caminos dominaba la escena luchística.

“Duré cerca de 11 años en Lucha Libre Internacional y me ponía la playera. Todos esos años yo ascendía luchísticamente a niveles más altos. Le quité cinturones a Solar, a Gran Hamada, tuve campeonatos contra gente muy famosa como Gran Cochise. Todos ellos venían empujando muy fuerte, era la camada con la que crecí: Los Villanos, Los Misioneros, El Carruaje Divino, El Triángulo de la Muerte, Los Fantásticos, Los Tigres del Ring”.

El Toreo de Cuatro Caminos, llamado la cueva de los Independientes, fue hasta hace unos años la catedral del espectáculo y del deporte, un recinto que acogió las proezas de estrellas del parrucio mexicano. Nació para la fiesta brava en 1947, pero se consolidó como sede del boxeo y el arte de las llaves y contrallaves.

La primera función de lucha fue en

1977, con la batalla estelar entre El Solitario y René Guajardo, pero el momento cumbre fue el retiro de El Santo en 1982.

Por ahí también pasaron gladiadores de gran importancia como Perro Aguayo, Canek Villano III, Negro Casas, Pirata Morgan, Cibernético, La Parka y otros de talla internacional como Hulk Hogan, Gran Hamada y Chris Adams. Fue demolido en 2008.

Una década gloriosa del Toreo de Cuatro Caminos, con atractivas batallas producto del intercambio de luchadores con la Empresa Mexicana de Lucha Libre.

“Al Toreo venían a invadir y dejar su conocimientos luchadores japoneses, coreanos. Las entradas más bajas, cuando decías que estaba floja la asistencia, era porque había un lleno. Hiciera frío, calor o lloviera, las entradas eran muy aceptables. Todos esos años fueron muy bonitos”.

En 1990, Panther compartió sus conocimientos con varios compañeros de profesión, la mayoría mujeres.

“En aquellos años yo tomo la batuta y la invitación del señor Flores para tomar parte en un aprendizaje con varios compañeros de Lucha Libre Internacional, aunándonos con el grupo de las mujeres donde se encontraban grandes gladiadoras como Estela Molina, Lola González, Rosy y Esther Moreno, la Pantera Sureña, Chela Salazar, La Briosa, La India Siux, infinidad de compañeros y compañeras que intercambiábamos conocimientos en aquel famoso ring de los Jordán”.

A raíz de ese episodio de su vida comenzaron a llamarle Maestro Lagunero, aunque él no acepta ese mote del todo porque su filosofía siempre ha sido la del eterno aprendiz del arte de las llaves y contrallaves.

En 1990, Panther hizo también su primera gira por Japón, compitiendo para Gran Hamada Pro Wrestling. A lo largo de su carrera ha trabajado en Inglaterra, Estados Unidos, Guatemala, Panamá y Puerto Rico, entre otros.

“Yo no daba clases, nunca las he dado; cómo las voy a dar si yo no sé nada. Compartíamos ejercicios, ellas ponían una parte del entrenamiento, yo otra y así. El Dandy ponía un ejercicio, Eddie Guerrero ponía otra parte, entonces no había un titular ahí. Todos éramos responsables de nuestros actos y era pura camaradería”.

Esta faceta, combinada con sus logros y su depurada técnica sobre el ring, dieron origen al apodo más famoso de Blue Panther. La maestría en el ring, desde ese momento, tuvo rasgos felinos e inclementes garras.

Una rivalidad que se llevó la muerte

Su espíritu de competencia deportiva, esa voz interior que lo arengaba a buscar nuevas junglas luchísticas en donde cazar, llevó a Blue Panther a cerrar su etapa con los Independientes y nutrir las filas de la Empresa Mexicana de Lucha Libre (EMLL). Su experiencia por toda la República mexicana y los reflectores que atraía su nombre le sirvieron de carta de presentación.

“La gente de la empresa tenía la idea de que existía, pero físicamente no me conocía. Entonces hice dos o tres presentaciones, invitado por el programador Juan Herrera, y les gustó mi trabajo”.

El 30 de mayo de 1991, durante una fiesta para celebrar un aniversario más del Sindicato Nacional de Luchadores, se topó con uno de sus grandes amigos, Fuerza Guerrera, a quien conoció en el grupo de los Independientes. Éste le reveló que la EMLL quería que trabajara de planta con ellos, por lo que se presentó a charlar con Herrera.

—¿Quiere venirse con nosotros? —le preguntó el promotor, quien lo recibió en las oficinas de la arena México.

—Sí, pero soy Independiente y tengo fechas por ahí. Deme chance de cumplirlas—le solicitó Panther.

—Usted dígame cuándo quiere iniciar. Tiene las puertas abiertas.

El gomezpalatino habló con Lucha Libre Internacional para comunicarle su decisión de enrolarse con la EMLL.

—Pues váyase, échele ganas y si desea regresar, ésta es su casa. Que Dios lo ayude—le deseó el señor Carlos Maynez.

En grande fue su debut en la arena México. El Rey de los Mares, Atlantis, hechura 100% de la Empresa Mexicana de Lucha Libre, lo esperaba en el cuadrilátero para darle la bienvenida. La semilla de su enemistad deportiva se había gestado con vistosos mano a mano en el Toreo de Cuatro Caminos, en Puebla, en Pachuca. El choque entre dos maestros era un imán que atraía a los aficionados en una época donde comenzaron las transmisiones televisivas de este deporte y cuando la EMLL cambió su nombre a Consejo Mundial de Lucha Libre (CMLL).

“Teníamos encuentros muy buenos, muy técnicos, de mucha garra y experiencia tanto de él como mía. Nos enfrentábamos en cinturones mundiales en Querétaro, pasaban meses y nos reencontrábamos en Puebla, luego en el Toreo”, evoca el lagunero.

La batalla, pactada para el día 15 de junio de 1991, fue algo muy parecido a luchar con un reflejo en el espejo. De un lado, el exponente de la escuela nortea; del otro, el de

la tapatía, pero ambos con estilos similares, muy técnicos, carreras casi paralelas (Atlantis debutó en 1983). El Rey de la Atlántida defendiendo la esquina del bien y Panther la del mal.

“Con él fueron rivalidades deportivas, de excelencia, porque tiene una escuela muy parecida a la de la Comarca Lagunera”, explica el felino gladiador.

“En Guadalajara estaba el padre de la lucha libre tapatía: *El Diablo* Velasco. En la Comarca era el Halcón Suriano, Leo Marín, Polo Torres, gente con capacidad impresionante de dar el conocimiento, pero como Guadalajara era una filial del Consejo Mundial de Lucha Libre, pues resultaba más fácil que los gladiadores de allá probaran suerte en México antes que los laguneros”.

El día esperado llegó. El Maestro Lagunero y Atlantis sorprendieron al público con su llaveo y contrallaveo. Como nunca, el público enardecido se metía con los gladiadores para apoyar a uno o insultar a otro. La tercera caída duró casi hora y media. La tensión no sólo se vivía en el cuadrilátero de la catedral de la lucha libre, sino en cada hogar que sintonizó la batalla en su televisor.

“Fue mi entrada triunfal para que se reconociera a Blue Panther en el CMLL. Era una lucha de campeonato de peso medio de la NWA. Lucha estrella, cabellera contra cabellera, Javier Cruz contra Apolo Dantés; en la semifinal, Atlantis contra Blue Panther. Ese día que me los eché a la bolsa. Perdí, pero fue una derrota que me engrandeció y de ahí empecé a trabajar en el Consejo”.

A pesar de las espectaculares contiendas y de que la afición exigía ver caer una tapa, esta batalla nunca llegó entre el Divino Lagunero y Atlantis.

“Se frustraron las cuestiones de apuesta, pero ahora a muchas personas les interesa ver más el match arriba del ring y no exactamente ver caer una cabellera o una máscara; observar la calidad luchística de ambos. Yo siento que la vida nos deparó cosas distintas. A mí me hubiera gustado enfrentarme con Atlantis en un máscara contra máscara”.

Si la rivalidad con El Rey de los Mares se la llevó el destino, Panther se enfrascó en otra enemistad violenta que apagó la muerte: Love Machine, procedente de Estados Unidos, la nueva presa de la Pantera Azul. Una de las hostilidades más recordadas de todos los tiempos, capaz de provocar un lleno hasta las lámparas en la arena México.

Oriundo de Oregon, 1.85 de estatura, máscara blanca con corazones rojos enmarcando los ojos o el rostro, amante de hacer ejercicio en el ring mientras sus rivales se recuperaban, ladrón de suspiros de las mujeres, la carismática Máquina del Amor pisó tierras aztecas en noviembre de 1991, cuando la lucha libre se consolidó por televisión con estrellas de la talla de Octagón, Konan, Los Dinamitas, Kung Fu, Gato Kun Lee,

Los Destruidores, Fuerza Guerrera, Máscara Sagrada, Misterioso, El Vampiro y Volador. Antonio Peña era entonces directivo del Consejo Mundial de Lucha Libre.

Panther y el estadounidense chocaron por primera vez el 15 de noviembre de ese año. Love Machine, Black Magic y Máscara Sagrada enfrentaron a Pierroth, Jerry Estrada y la Pantera Azul.

“Ahí surgió la rivalidad y fue creciendo. Love traía una mentalidad aberrante, se creía muy superior y quería hacer menos al mexicano. Nos decía ‘tortilleros’ y ‘traga frijoles’ y no sé qué tantas cosas”.

El antagonismo que cazó el felino azul con el norteamericano rebasó las fronteras de lo deportivo. Cuenta el Maestro Lagunero que “se metía con otras cosas, era muy ofensivo, le faltaba el respeto a uno de bajo del ring. Él quería hacer ruido, los americanos son fachosos, quieren hacer aspavientos de todo y lo logró”.

Se trató de una hostilidad sin límites, inclemente. Siempre que se veían se lanzaban uno encima de otro y se destrozaban las máscaras. La Máquina amorosa le desgarró un hombro al felino azul, el cual hasta la fecha no puede estirar del todo. Panther le dejó a su enemigo una pierna semifracturada que lo obligó a usar muletas. Cuando Machine subió al ring para informar que no lucharía en el cartel donde Aníbal y Máscara Año 2000 apostaron su tapa, el gomezpalatino le destrozó la muleta en la pierna lastimada, por lo que tuvo que usar una bota ortopédica.

El lugar era lo de menos para alargar los combates violentos. En el estacionamiento de la arena México, Blue Panther y Love Machine se liaron a golpes. Era incontenible la furia entre los dos; la lucha de apuestas no se hizo esperar.

Antes, el Divino Lagunero dio lustre a su nombre al convertirse en el primer campeón de peso medio de la empresa, al someter al Satánico el 18 de diciembre de 1991.

Y así llegó la cuenta velada. Abril 3 de 1992. No había ni un alma en la Catedral del pancracio mexicano. La afición que siguió las contiendas de ambos gladiadores por televisión se dio cita a borbotones en

El martinete es un movimiento de lucha libre profesional que tiene como objetivo conducir el cráneo de su oponente al suelo. En México fue prohibido en los años 50, cuando Espectro I casi muere luego de que Joe Grant le aplicó este lance en el Auditorio Municipal de Tampico. A raíz de se hecho, al Espectro le extirparon un coágulo del cerebro y ahí terminó su carrera.

Meses después se “destapó” ante el público en una función de beneficio en la arena México.

la arena México. Una oleada de gente se arremolinó en las taquillas, los boletos se agotaron y esto obligó a colocar pantallas gigantes en el estacionamiento para saciar el morbo de los amantes de los costalazos.

Adentro, en el cuadrilátero, un volado definía el nombre de los tres réferis que dirigirían cada caída, en un hecho inédito: Pompín, *El Güero* Rangel y el Gato Montini fueron los encargados, en ese orden.

Primera caída: El Maestro Lagunero se dio con todo ante Love Machine, a quien finalmente rindió. Segunda caída: La Máquina del Amor prendió al gladiador nortño de la cintura, le dio un medio giro hasta ponerlo de cabeza y en esa posición lo azotó con fuerza hacia abajo. Panther cayó sobre su cuello, se dobló como muñeco. Era el martinete, un castigo prohibido en México.

El estadounidense quedó descalificado. Blue Panther, inconsciente sobre la lona, era declarado ganador. Así, tendido como estaba, de inmediato le inmovilizaron el cuello y lo

colocaron en una camilla. Justo cuando lo sacaban del encordado, Machine se le lanzó encima al cuerpo inerte del de Gómez Palacio. Más tarde, El Gringo Loco reveló su incógnita y mostró su rostro: Arthur Barr dijo llamarse.

“Yo salgo desmayado. Cuando me aplica el Martinete yo me fui y regreso cuando estoy en el vestidor. Abro los ojos y veo al doctor Martos, a un lado estaba Antonio Peña, jerarca del CMLL, dándome la máscara de Love Machine. Yo no sabía si había ganado o perdido, no supe lo que pasó”, revive el lagunero aquel momento de angustia.



• La Máquina del Amor, recién desenmascarado

Le diagnosticaron daño en las cervicales y el luchador de la Comarca lució varios días un collarín. Tenía que presentarse en la arena Revolución y hasta allá

acudió para disculparse con los aficionados por no poder luchar debido a su estado de salud.

—Por supuesto que no va a luchar. Si antes está aquí porque Dios es muy grande, dé gracias de que no tuvo que estar hospitalizado—le expresó Juan Herrera.

Al bajar del ring, el gesto de un aficionado lo conmovió al borde las lágrimas. “Antes

de meterme al vestidor, se acercó una persona, me saludó, me dio la mano. ‘Toma, para que te cuides y te alivianes’, me dijo. Cuando veo, no recuerdo cuánto era, pero eran unos billetes. Me dio mucha emoción. Me vio madreando con el collarín, caminando como robot y quiso darme su ayuda”.

Las fechas que el felino gladiador no trabajó por la lesión fueron cubiertas por Gran Cochise. “Él tenía mucha más experiencia que yo, jerarquía para llenar ese espacio. La gente tal vez quería ver a Blue Panther, pero a él lo recibieron muy bien”.

Un año después, en 1993, cuando Panther formó parte de la Triple A, volvió a enfrentarse a Love Machine para dejarlo sin cabellera.

“Televisa tenía varias asociaciones donde participaba. Una de ellas era el Río Nilo, en Tonalá, Guadalajara. Ahí llegaban los gruperos, eran muy grandes las instalaciones, se hacían bailes masivos y tomó mucha fuerza la música banda. En ese sitio le gané la cabellera a Machine”.

El pique seguía al rojo vivo y se alargó en una gira por Oaxaca y Puebla. Tras esos compromisos, la Máquina del Amor regresó a Estados Unidos.

El 23 de noviembre de 1994, una llamada al filo de la media noche estrujó el corazón de Blue Panther.

—Soy yo, Chavo Guerrero. Te hablo de los Ángeles. Acaban de encontrar a Arthur muerto. Estaba en su casa y todavía no saben qué pasó, cómo fue.

Así recibió la sombría noticia del fallecimiento de su archirrival. La prensa manejó varias versiones: que se le reventó un aneurisma, que lo mató un fatal coctel de alcohol y pastillas para el dolor.

“Sí me dio un shock. Al día siguiente se corrió la noticia porque se vivieron piques muy fuertes dentro y fuera de la República, la rivalidad llegó hasta los Ángeles. Además no deja de ser un ser humano, con cualidades y actitudes, esa emoción de vivir lo que él hacía”.

Relata el Maestro Lagunero que la muerte de Love Machine astilló la alegría de Eddie Guerrero, quien junto con él y Konan formaban el trío de los Gringos Locos.

“Eddie se volvió muy introvertido. Le pegó muy fuerte la muerte de su amigo porque ellos eran semipaisanos, hablaban, andaban juntos, convivían mucho tiempo y le afectó bastante. Algunas veces yo me lo topé y lo veía apachurrado. De hecho Antonio Peña tenía una foto de Machine en su oficina, porque también le tomó mucho aprecio, pues siempre fue muy profesional en la Empresa Mundial de Lucha Libre y en Triple A. Yo así lo recuerdo”.

Tras la batalla contra la Máquina del Amor, la fama se asomó a la vida de Blue Panther. Su éxito llegó al máximo, mas el gomezpalatino usó como escudo sus valores para proteger a su corazón de aquella sonrisa seductora de la popularidad.

“La fama es efímera. Es un chispazo, triunfos que logras en tu carrera, pero sí no te controlas, así como sube la espuma también baja. Tienes que estar consciente de que de que eres un ser humano, mortal igual que todos. No puedes resistir la fama si no tienes un criterio propio, un argumento, unas bases para seguir siendo tú”, reflexiona El Maestro.

Los consejos de Aníbal, la Saeta Azul, a quien admiraba, le permitieron mantener los pies bien plantados en el piso. “Tuve mucho contacto con él, lo escuchaba y había ocasiones en que me hacía sugerencias, pero también debo reconocer que nunca fui famoso, nunca lo he sido. Me catalogo sólo como un profesional de este deporte, al cual debo toda mi gratitud y admiración”.

Su humildad al hablar es también un homenaje a los maestros luchísticos de la Pantera Azul a lo largo de su trayectoria, pues sin sus conocimientos hubiera sido casi imposible forjar su impecable historia.

“Doy gracias a esos grandes monstruos sagrados de la lucha libre, como Guajardo, Aníbal, Solitario, Fishman y todo ese tipo de personajes a los que yo les aprendí mucho, y más porque ellos también venían de estratos muy humildes y se superaron paulatinamente”.

Honesto, como suele serlo en todos los aspectos, el Divino Lagunero admite que en el ambiente de los costalazos es fácil elevar el ego hasta el cielo y caer en excesos cuyo destino final siempre es la destrucción.

“Todos nos podemos marear con un poquito de fama, podemos caer en la milonga y convertirnos en vividores, explotadores, a andar en los excesos que es lo nos hace perder más rápido el piso. Es triste, pero hay que entender de 10 luchadores, uno o dos alcanzamos a brincar el charco y los demás caen en excesos”.

Panther no fue ajeno a las parrandas. Alguna vez se fue de fiesta con sus compañeros, pero siempre alejado de drogas y vicios que pudieran dañarlo. “No sé cómo le hice para no caer, quizá fue cuestión de ver un reflejo al frente. Yo veía a algunos gladiadores mal física y emocionalmente y pues me reflejaba para no hacer lo que ellos estaban haciendo”.

Los libros de superación personal que le obsequiaba su amigo Jorge Rojas Álvarez, en 1991, fueron un apoyo para reforzar sus valores y evitar tentaciones. “Me regaló *La Reina Valeria*, que es La Biblia; también un ejemplar de *Poder sin límites*, de *Cómo hablar en público* y otros tantos libros que me introducían cada vez a la cuestión de crecimiento interior”.

De revoluciones y un andar gitano

La vida del Maestro Lagunero estuvo marcada por lo que él llama varias revoluciones. La primera fue su salida de los Independientes para formar parte del Consejo Mundial de Lucha Libre. Las siguientes son su participación en Triple A, la creación de la Promotora Mexicana de Lucha Libre (Promell) y la de Promo Azteca. La última, comparte, es su vocación de acupunturista.

En 1992, Blue Panther fue invitado a trabajar en Triple A para convertirse en uno de sus precursores. La empresa nació el 8 de mayo de aquel año en una presentación en el hotel Nico y, a decir del gomezpalatino, surgió tras una serie de “movimientos submarinos”.

Antonio Peña, jerarca del Consejo Mundial de Lucha Libre, comenzó a tener roces insalvables con el resto de los dirigentes y decidió crear otra empresa. “Toño tenía marcado su camino, su rebelión para irnos varios de nosotros con él. Las estrellas del CMLL lo siguieron. El aprovechó la posición que tenía para tomar fuerza, en su momento hizo a sus soldados y cuando él se tuvo que mover se movieron con él”.

Sus intenciones se descubrieron y la creación de Triple A se hizo de la noche a la mañana, recuerda el felino azul. “Ya se sabía lo que estaba planeando Peña, así que se tuvo que registrar rápidamente. Triple A significa Asistencia, Administración y Asesoría SA de CV; es decir, nada que ver con la lucha libre. Como ese registro ya existía, pero no estaba vigente, pues lo reactivaron rápido para no hacer todos los trámites de ir al registro de la propiedad, levantar el acta constitutiva. Sólo había que darle vida y se hizo pronto porque ya se estaba descubriendo la creación de Triple A”.

Antes de incorporarse de lleno a su nueva aventura, Panther se presentó en las oficinas del Consejo Mundial de Lucha Libre para entregar el cinturón mundial de peso medio que ganó en 1991, pues no podía exponerlo con rivales ajenos al CMLL.

“En Triple A se hicieron entradas espectaculares. Esto inició luchísticamente un 15 de mayo en Veracruz. Del Consejo se fue mucha gente, como Octagón, Konan, Misterioso, Volador, Máscara Sagrada y ya en Triple A nació la Parka, Sicosis. A mí me fue bien, las metas iban caminando”.

En Triple A, donde fue miembro del consejo operativo, Blue Panther permaneció cerca de cuatro años. Ahí se enfrentó con Love Machine en una contienda de máscara contra cabellera, además de llevar al infarto los corazones de la afición en sus batallas ante Solar, Ángel Azteca y Súper Astro, ante los que expuso el campeonato nacional de peso medio.

La búsqueda de nuevos horizontes en los cuales desempeñarse llevó a Panther a crear en 1995, junto con Fuerza Guerrera y Jorge Rojas, la Promotora Mexicana de Lucha Libre (Promell), que funcionaba como cooperativa.

Sus oficinas estaban situadas en el gimnasio que pertenecía a Fuerza Guerrera y al feli-no gladiador, el cual se llamaba Fuerza Panther, ubicado en Eje 6 y avenida de Las Torres.

“Cuando Promell estaba como filial de Triple A, Ricardo Reyes trabajaba en programación, Jorge Rojas en la administración y Fuerza Guerrera y Blue Panther trabajábamos como apoyo de Antonio Peña junto con Octagón. Había un grupo de gente que ayudábamos a ciertas cuestiones porque teníamos la fuerza para movernos con los compañeros, siempre en beneficio de ellos”.

Panther detalla así algunas de las injusticias que buscaban terminar: “No eran atropellos operativos, sino administrativos, porque Peña no manejaba el dinero, había otras personas que lo hacían y a mí se me hacía injusto que nos retrasaran los pagos unos días más de lo pactado, porque veíamos a muchos compañeros que cuando nos íbamos de gira no tenían para comer, veíamos cómo sufrían para mandarles dinero a su familia. Había otros que injustamente peleaban. Me cuesta mucho decirlo, pero los excesos de muchos compañeros los llevaba a terminarse su dinero en el primer momento y al segundo día ya no tenían nada, al tercero estaban tirando la toalla, pidiendo y hasta molestándose con los demás porque no les prestaban para sus cuestiones personales”.

De esta forma la Pantera Azul velaba porque a sus compañeros se les respetaran sus lugares y las cuestiones económicas, aunque fiel a su sencillez, niega haber sido un líder. “No, nunca. Sólo fui una persona que buscó tener ese tipo de apoyo para los demás. Fuerza Guerrera sí fue un líder, Octagón, El Hijo del Santo, él sí tenía mucha palabra de convencimiento”.



La Pantera Azul, acompañado de Fuerza Guerrera (centro), con quien fundó Promell



Blue Panther y El Hijo del Santo en una velada bohemia

En Promell, Blue Panther estuvo cerca de año y medio, en el que ofreció muchas oportunidades a los gladiadores jóvenes.

“Nosotros, todos, nos fuimos a la aventura, no teníamos nada firme más que nuestras convicciones e ideales. Comenzamos a picar piedra, a tener pláticas con el señor Alonso y éste nos empezó a incluir en la arena México. Varios compañeros tuvimos la oportunidad de participar en sus funciones y se hicieron los grupos de Promell contra los del CMLL. Traíamos a mucha gente atrás y buscamos la manera de que tuvieran trabajo, alguna mejoría”.

La forma de trabajo, sin plazas fijas, “andando como húngaros de un lugar a otro”, orilló a Promell a participar con Tv Azteca en algunos proyectos para transmitir sus funciones.

“Se hicieron varias grabaciones, unas en Cuernavaca, otras en el Distrito Federal y algunas más en el Estado de México. Teníamos la facilidad de movernos, apoyados por el profesor Pedro Ortega, que fue el contacto directo para llegar con Hugo Salinas Price. Con él platicamos y Promell cambió de nombre a Promo Azteca”.

Las dificultades se presentaron, los luchadores ya no estuvieron a gusto y comenzaron a tener problemas entre ellos mismos dentro de la cooperativa. “Ya no pensábamos igual, porque cuando son centavos todos vemos misericordia, pero cuando ya son pesos o billetes más grandes vemos otras cuestiones más personales. Y el caso de muchos de nosotros no era así”.

Esas fueron las razones por las que Blue Panther se reintegró con Triple A. “En ese lapso no hago mucha rivalidad con nadie, porque ando como gitano. Cuando dejó el CMLL para ir a Triple A pasan unos años; luego en Promell pasan un par más y después en Promo Azteca transcurre otro año. Vuelvo a Triple A unos meses y tuve enemistades con Máscara Sagrada y Blue Demon, pero no era lo que quería”.

Su última parada fue el CMLL, empresa a la que pertenece desde entonces. Los años en ese peregrinar dieron como resultado 15 años sin ganar una máscara, desde que le quitó la tapa a Love Machine en 1992 hasta que desenmascaró a Lizmark Jr, en 2007.

“En cuestiones de máscaras sí estuve aislado un tiempo, porque no había rivalidades que estuvieran en mi empresa. Mis hostilidades eran con Los Villanos, El Matemático, Black Man, pero cómo me podía enfrentar a ellos si no estaban en Promell, en Triple A, aunque cuando nos veíamos en provincia nos dábamos con todo. Pero eran plazas pequeñas no trascendían a nivel nacional como una arena México, el gimnasio Juan de la Barrera o el Palacio de los Deportes. No trascendía más allá porque la matriz de la publicidad está en el Distrito Federal”.

Campeonatos, distinciones y el impulso a nuevos luchadores ocuparon el vacío que dejó la ausencia de luchas de apuesta. En julio de 1992 fue Campeón Nacional Medio ante Octagón; en abril de 1995 fue Campeón Nacional de Tríos dos ocasiones: uno junto a Fuerza Guerrera y Psicosis enfrentando a Rey Misterio Jr., Octagón y Súper Muñeco y otro con Fuerza Guerrera y El Signo derrotando a Súper Electra, El Brazo y El Brazo de Plata.

Los éxitos siguieron en 1998, al ceñirse el cinturón que lo acreditaba como monarca mundial de tríos del CMLL. En el terreno de lo individual, Blue Panther conquista en el año 2000 el primer torneo La Leyenda Azul. “También recuerdo que uno de los lanzamientos del CMLL fue Último Guerrero, en 1999 y ahí estuvimos apoyándolo en el torneo de la Gran Alternativa”, contienda que ganaron.

Réquiem por una máscara

Todo está oscuro. La fiel escudera de tela azul reposa en la maleta de Blue Panther. Su trabajo de resguardar la identidad y preservar la magia ha terminado, mas no el de ser la eterna compañera, a donde quiera que el gladiador vaya.

Ahí permanece una de las tapas que conservó el Maestro Lagunero. La que sudó, la que absorbió las primeras lágrimas de la derrota en la batalla estelar del 75 aniversario de la lucha libre en México, se convirtió en un preciado trofeo en manos de Villano V. El apodado Pantera Rosa que cazó a la Pantera Azul, un viernes 19 de septiembre de 2008.

La máscara descansa en la maleta. Quizá intuya la escena después de la hiel del infortunio que arrojó a Panther al consuelo del abrazo familiar, de los hijos y esposa que dejaron de ser seres humanos de carne y hueso para convertirse en un río de lágrimas, por el sólo deseo de enjugar en su corriente la tristeza del hombre fuerte de la casa.

La mañana en que la máscara padeció la suerte de la jubilación obligada, el Divino Lagunero cumplió 48 años. Antes de ponérsela para la gran contienda se preparó a fondo para darle lustre a su capucha, a unos días de cumplir tres décadas en el arte del pancracio.

Entrenamiento mañana y tarde: tombling, cuello, resistencia. Plan A, B y C, “por si se me sale de este lado, lo prendo de éste otro”.

En el aeropuerto capitalino ya lo esperaban los amigos de la Comarca Lagunera. Hasta allá fue para recoger al compadre Toño, al doctor Huitrón. En la central camionera llegaba al mismo tiempo El Pony, quien durante su estancia en Monterrey, a finales de 1978, le confeccionó sus equipos de luchador.

También arribaron a la capital mexicana sus hijos Jonathan y Alberto, el primero procedente de Gómez Palacio y el segundo de Morelia. “Me habló mi mamá y me preguntó si quería venir y le dije que no, porque ver a mi papá apostar su tapa era algo que me provocaba miedo”, recuerda Jonathan.

“Yo llegué en la mañana, esa vez mis padres fueron por mí al aeropuerto, pasamos a recoger a otros amigos de la infancia de mi papá que venían también y fuimos a un restaurante. Comimos, charlamos, pero yo veía a mi papá ansioso. Siento que no estaba con nosotros en ese momento. Todo mundo estábamos así, no sabíamos si tocar el tema o qué decir”, comparte el mayor de sus vástagos.

Tras la comida, Panther se dirigió a la arena. Imposible para la memoria no abrirle la puerta al recuerdo del nacimiento de su máscara, que las manos de Pedro El Pelón dieron a luz en la Comarca Lagunera, cuando trabajó con el nombre de El Cachorro. Panther le llevó los esbozos —producto fecundado con su amor al pancracio— y pronto tuvo en sus manos a su más preciado bien. “Era amarilla con azul...”

En Ciudad Juárez, la querida niña adquirió su madurez gracias a las modificaciones hechas por Raymundo, quien era cantinero del bar El Normas y que en sus tiempos libres cosía y hacía tapas. “Cambió la fisonomía de sus ojos y los bigotes”. Su frágil piel se reforzó con dos capas nuevas. Quedó lista para hacerle frente a las contiendas.

El crucial momento ha llegado. Sobre el ring lo espera Villano V para saldar una rivalidad que comenzó en los años 90, cuando el Pantera Rosa luchaba como Rokambole, en el Toreo de Cuatro Caminos. “Nos dábamos unos encontronazos. Era el toma y daca, el trompón y la patada. Bajábamos del cuadrilátero y la rivalidad seguía porque la lucha libre es de vivirla, de amor, de darle esa pasión que te nace”.

Villano V, de profesión odontólogo. Acupuntor. Algún día le curó las dolencias en los dientes a uno de los hijos de Blue Panther. Competidor de lucha olímpica, representó a México en los Juegos Panamericanos. El de la Comarca sabe perfecto a qué clase de rival va a enfrentarse.

“Es un kamikaze. Si muriera arriba de un ring sería la gloria para él. No escatima ni tiempo ni lugar para demostrar lo que ha sido durante tantos años, ha defendido a capa y espada la lucha libre”.

El Maestro Lagunero se pone su máscara, que es casi igual a su cara. Sube al encordado. “Al verlo se me vinieron a la mente muchas cosas, porque yo realmente conviví más con Blue Panther que con Genaro Vázquez”, dice Jonathan, su hijo. “Cuando yo era pequeño mi papá viajaba mucho, entonces había dos o tres veces que yo lo veía, se iba 15 días y regresaba. Para mí fue algo muy difícil el ver cómo se quitaba su más-

La rivalidad entre Panther y Villano V nació en los 70, cuando éste último luchaba como Rokambole. Ambos entrenaban bajo la tutela del Villano I, hermano del Villano V, en el gimnasio Ham Lee.

“Nos dábamos con todo. Yo le decía a mi hermano que no le enseñara más porque ya me costaba mucho trabajo ganarle, recuerda el Villano.

“Cuando llegué al Toreo de Cuatro Caminos, él desenmascaró a todo mundo y lo reté, pero cambió de empresa”.

Tras unos años en los que el Villano luchó en el extranjero, regresó a la arena México y la rivalidad renació. “Panther me lastimó la rodilla y de ahí en adelante fueron batallas encarnizadas; en una de ellas me mandó al quirófano, en el 2000.

Entonces prometió regresar por la máscara del lagunero: “Esa lucha se iba a dar entre Rokambole y Panther; después, ya como Villano, nos íbamos a medir en el Toreo, pero se fue a la México”.

En 2008 por fin se dio la lucha de apuesta: “Me expuse a un luchador con mucha capacidad, mañas y amor por la lucha libre. Ganar fue un logro de oro, un premio a los años de trabajo.”

cara, oír al anunciador decir su nombre. Cuando le entregó la máscara al Villano, fue como si arrancaran algo de mí. Fue muy doloroso”.

Sobre el cuadrilátero, la Pantera Azul se percata de la resistencia de su oponente, un portento físico. Prueba de ello es que su cabeza no deja de sangrar desde la primera caída al estrellarse con una butaca y aún así no se da por vencido. Panther somete con una palanca al brazo a su enemigo y éste se zafa, luego prende al gomezpalatino y lo lleva al toque de espaldas. “Fueron tres segundos; para mucha gente no es nada, para mí lo fue todo, fue la derrota”.

Suenan las tres palmadas que decretan su caída. “Todo me daba vueltas. Era como en las películas: veía que se me acercaba y se me retiraba la gente. Cuando regreso en mí, digo ‘¿qué pasó?’ y escucho que el anunciador me pregunta ‘¿cómo te llamas?, ¿de dónde eres?’ Cuando reacciono lo miro y me dice ‘perdiste’”.

Alberto y Genaro, éste último el menor de sus hijos, entraron en shock. “Yo me acuerdo cuando el réferi cuenta las tres y mi papá se queda agachado en el ring, después de ahí se me borró todo”, rememora Beto. “No me acuerdo cuándo dijeron su nombre, cuándo lo levantó el Villano. No me la creía. No supe cuándo se desabrochó la máscara, sólo recuerdo cuando él iba rumbo a los vestidores sin ella y ahí me cayó el veinte”.

El veredicto de la derrota hiere a Blue Panther. Piensa bajarse del ring y hallar cobijo en los vestidores. La máscara vive los últimos instantes sobre su piel morena.

Doña Guille La Cavernaria, aficionada de la Pantera Azul, recuerda el dolor de ver a su ídolo con el rostro desnudo tras perder la tapa ante Villano V el 19 de septiembre de 2008:

“Me sentí muy triste, lloré mucho, pues es una trayectoria de muchos años que en un momento se fractura. No se pierde, porque él es un gran luchador y sé, por lo fuerte que es, que seguirá adelante.

“Cuando terminó todo, lo primero que hice fue acercarme a la ceja del ring para verlo y llorar con él por haber perdido esa valiosa máscara.

“Como su fan la derrota es un golpe duro, me acostumbré a verlo llegar a la arena con su máscara, saludarlo y desearle buena suerte.

Ahora es distinto, tal vez me cueste trabajo acostumbrarme a su rostro, pero no importa; mi admiración por él está intacta, hasta podría decir que ha crecido”.

Tomado de Fuentes, Laura, “Lágrimas de reina” en Luchas 2000, Especial Blue Panther, 30 años: La Historia, pag.33.

Recapacita. Acepta su caída y se quita la tapa sin aspavientos. Da la cara al público. Entrega la capucha, empapada en lágrimas, al Villano V, a quien pasea en hombros.

“Reconocí a mi verdugo. Me quedó una excelente experiencia de decir: ‘No estás preparado todavía para este tipo de encuentros, tenías que haberte preparado más. Y es lo que sigo haciendo, para no caer en este tipo de errores’”.

Al decir esto, las lágrimas vuelven a surcar su faz. Con precisión de cirujano, recorren el mismo camino que el doloroso trance les obligó a seguir hace ocho años. De nuevo la tristeza se le coagula en la garganta. La saliva con trabajos pasa.

“Te encariñas con la máscara, 30 años con ella... y perderla en mi cumpleaños. Muchas cosas se juntaron para ese día. La cereza del pastel era la capucha del Villano, para cerrar un ciclo de crecimiento, pero así son las cosas y hay que aceptarlas para seguir creciendo”.

Jonathan trae a la memoria la imagen de su padre ya sin máscara en la arena México. “No podía creer que mi papá, mi superhéroe, había perdido la tapa. No sé explicar lo que sentí al verlo salir del vestidor sin su máscara, que la gente lo estaba esperando, el ver que mi padre se sentía como inseguro o raro sin la capucha que portó 30 años. Salió del vestidor, se tomó fotos con los aficionados y yo recuerdo que lo que hice fue abrazarlo, le di un beso en su cabeza y le dije: ‘¿Sabes qué, papá? Con o sin tu máscara para mí vas a ser siempre el mejor padre del mundo y el mejor luchador que pueda existir. Te quiero mucho, te amo y estoy contigo en todo momento’. Él me abrazó y nos soltamos llorando”.

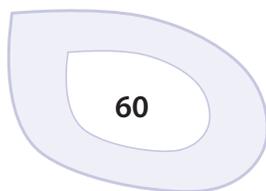
En medio del vendaval de emociones, llega el momento de que Blue Panther enfrente a la prensa.

—Genaro Vázquez, como perdiste la máscara, dejas de ser Blue Panther—increpa un reportero.

—El que haya perdido no es una derrota, es un tropiezo, pero sigue siendo el Maestro Lagunero y no le vas a faltar el respeto—revira otro.

“Esa escena con los medios de comunicación me emocionó mucho, porque perdí mi máscara, pero no mi símbolo, mis conocimientos ni el respeto de la gente. Más frío me dije: ‘Perdí, pero gané’, porque obtuve el apoyo del público, gané un poco más de fama y sigo preparándome porque esto es un aprendizaje constante. Llegan jóvenes a los que hay que aprenderles para seguir en el gusto de la afición”.

Mientras Panther sale de la arena México, ya sin su tapa, en un restaurante lo esperan amigos, luchadores y familiares reunidos en un principio para celebrar lo que esperaban fuera una victoria, además de su onomástico número 48.



“Se sentía una tristeza inmensa no sabíamos si festejar su cumpleaños, llorar o qué hacer, pero como que mi papá captó ese sentimiento de todos y empezamos a echar relajo, hicimos un poco a un lado lo que había sucedido unas horas antes para celebrar a Genaro Vázquez”, describe Jonathan.

Pero el encuentro frontal con su padre fue un duro golpe para sus tres hijos. “Cuando lo vi llegar no aguanté, todos estaban cenando y me salí”, relata Alberto. “Detrás de mí salió Último Guerrero para hablar conmigo. Me dijo que así era esto, que mi padre había perdido la máscara, pero que seguía vigente y que tenía los recursos para sobresalir con o sin capucha. Que él ya era leyenda, que era el ídolo de todos los de la Comarca y que así como yo estaba llorando ahí, muchos compañeros de él habían llorado en el vestidor. De hecho, el Guerrero estaba llorando, pero me aconsejó que no me sintiera mal y que en vez de chillar le echara ganas, abrazara a mi padre y le dijera cuánto lo amaba. Y así lo hice. Desde entonces, mi papá y nosotros no hemos hablado de cuando perdió la máscara”.

El dolor también dinamitó las fuerzas de su hijo Jonathan. “Cuando mi papá llegó al restaurante no pude entrar. El Último Guerrero salió y habló conmigo. A pesar de que ellos tienen una rivalidad arriba del ring, abajo existe una hermandad porque él también es lagunero. Me abrazó y, llorando, me dijo: ‘No pasa nada, tu papá siempre va a ser el mejor. Sólo fue su máscara, pero de eso a que hayamos perdido a un luchador, falta mucho todavía’. Entonces entré a la cena y le volví a dar un beso a mi papá en su cabeza. Es algo que jamás voy a olvidar, algo que aunque pase el tiempo quizá no lo supere. Es uno de los golpes más fuertes que he tenido en mi vida”.

Genaro, su pequeño, se sincera. “No me acuerdo de nada, me sigue dando mucha tristeza” y sus pestañas se transforman en redes que recogen, como peces, a sus innumerables lágrimas. “Yo estuve también en la lucha y en la cena y lo único que recuerdo es que lo abracé después”.

La máscara de Blue Panther reposa en la maleta. Orgullosa capucha que protegió su rostro durante tres décadas. Si hablara, la de historias de éxito que contaría, pero la voz la cede al gladiador, quien define en una palabra su legado al pancracio mexicano: nada. Otra vez se deja aconsejar por la humildad.

“Yo no he hecho nada, no tengo ningún punto a favor, todo lo que he hecho es robarle el conocimiento a toda la gente que me ha permitido penetrar en ellos. Legado han dejado El Santo, con sus llaves de a caballo; Blue Demon o Rolando Vera, el padre de la lucha libre. Muchos me comparan con El Murciélago Velázquez, Tony López, Aníbal; ese es el estilo que yo he manejado, pero no es realmente mi estilo, pues yo sólo trato de emular sus movimientos”.



Panther y Raúl Romero
(de gris), uno de los
grandes maestros del
arte del pancracio

En sintonía con su sencillez, el Divino Lagunero descarta ser una leyenda.

“No. Yo soy un soporte, un puntito más en todo el cúmulo luchístico. Ese mote se gana, como lo hicieron Aníbal, René Guajardo o El Solitario. Panther va a ser un luchador que dejó su alma, corazón y vida en este deporte, pero sin ser más allá de soldado de la lucha libre”.

Un poco de tiempo es lo que le falta para decir adiós a los encordados. A los aficionados les delega la decisión de considerarlo o no una leyenda. y como si leyera un último deseo de su testamento luchístico, decreta que su voluntad es que la gente, en su memoria, guarde una buena imagen de él.

“Me gustaría que me recordaran como un deportista que dio lo mejor, que buscó la manera de superarse y que espera servir de ejemplo para las nuevas camadas, porque las cosas se pueden lograr con entrenamiento y buscando a la gente que tiene el conocimiento”.

En su reloj está cercana la hora del adiós, aunque sabe que será difícil alejarse del todo del arte de los costalazos. “Esto es como una droga, es mi vida, parte de lo que tengo que hacer siempre. Como luchador me veo un par de años activo a buen nivel. Después andaré por ahí echando la cascarita en el gimnasio, participando a donde me inviten en la lucha libre”.

Y como dicen por ahí que el mayor signo de la madurez es pensar en los demás antes que en uno mismo, la Pantera Azul ya transita por ese camino.

“Ya no tengo los mismos reflejos, la misma agilidad, hay cosas que puedo atrofiar en el rendimiento de mis compañeros, detener su crecimiento luchístico por el respeto que se me llegue a tener. Entonces hay que entender que cuando les estorbe debo hacerme a un lado”.

Aunque le apodan El Maestro, el gomezpalatino no se visualiza dando clases tras su retiro. “Eso no, porque yo no tengo el conocimiento para darlas. Sí me visualizo arriba de un ring compartiendo con los amigos que quieran participar, con un grupo de luchadores y que cada quien ponga un ejercicio, pero no de titular”.

Congruente con esa forma de pensar, a sus dos hijos mayores, Alberto y Jonathan, quienes incursionaron en la lucha libre, uno con el nombre de El Cachorro y otro como Silver, les deja la total libertad de elegir su camino y forjarse lejos de su cobijo. Ya presentaron su examen para obtener la licencia como profesionales.

“Hicieron sus pininos en las pequeñas arenas. Hay ocasiones en que difiero en cómo conllevan el concepto, pero es su manera de ser y hay que darles la oportunidad de hacer su propia historia. No pueden estar cobijándose conmigo porque yo no soy eterno, porque no tengo la capacidad de enseñarles lo que ellos pueden absorber. Por eso se entrenan con gente muy capacitada como Virus y Último Guerrero, que es el tutor de ellos luchísticamente”.



Alberto luchó como El Cachorro

La razón de no practicar con ellos la responde su sentimiento de padre, pues le duele ver que golpean a sus vástagos. “Este es un deporte de contacto y es increíble ver cómo a algo que amas, no quieres que te lo toquen. Si les enseñara yo los tendría que golpear, patear, forzar y no es correcto”.

El honor de que sus hijos continúen con su legado, al ser en un futuro los Blue Panther juniors, es una decisión que se las deja a ellos, quienes aceptaron el reto desde 2014, con los mote de Blue Panther Júnior y The Panther. “Eso de ser ‘el hijo de’ ya sería cuestión de ellos. A mí me puede gustar, pero que ellos se sientan con la capacidad, porque yo durante 37 años he llevado un lineamiento que tal vez

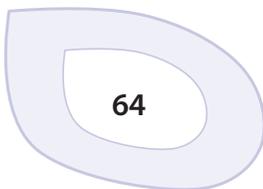


Jonathan dio vida a Silver

para ellos por su manera de ser no compartan. Aunque sean mis hijos y tenga mis valores, mi profesión y la humildad que les he inculcado, no quiere decir que actúen igual que yo”.

Mas como padre, asegura que siempre estará para apoyarlos y darles el consejo que los ayude a mejorar, a pesar del miedo que le da verlos lastimados algún día.

“Me da cus cús, porque sé lo que se vive, las lastimadas cuando se sube uno a un ring. De hecho uno de ellos ya se abrió la cabeza, tuvo una lesión en el cráneo. Si ellos aún así quieren seguir ya es su decisión, porque tienen otros caminos: Jonathan es licenciado en Nutrición y Alberto es acupunturista. Ellos marcarán su camino y siempre que le echen ganas los voy a apoyar”.



Siempre serás mi superhéroe

Jonathan, Alberto y Genaro recurren a sus sentimientos para formar un retrato de su héroe favorito, uno de carne y hueso: su padre Blue Panther. Sus tres hijos se asoman por la ventana del recuerdo para narrar anécdotas y coincidir en que la humildad, sencillez, sinceridad, respeto y dedicación son la herencia más preciada que su progenitor les ha dejado en vida.

Jonathan Vázquez. Nutriólogo. De carácter reservado. Desde sus 28 años y claros ojos, se declara apasionado de la lucha libre, en la que incursionó con el nombre de Black Silver. A la par de su actividad en los encordados, trabaja como instructor personalizado en gimnasios.

Beto, de 26, acupunturista dedicado 100% al pancracio. De personalidad abierta, risueña. The Panther, su nombre de batalla en el ring, desde niño soñó estar sobre un cuadrilátero, desde aquellas tardes en que jugaba con su hermano mayor a las luchitas.

Genaro, de 15 años, estudiante de secundaria. Le gusta el fútbol y el arte de las llaves y contrallaves. De temperamento sensible, tiene el don de transformar las emociones en lágrimas, un lenguaje líquido que dice más que mil palabras cuando se trata de hablar de su padre. Todos ellos dan una muestra de los logros de Panther como ser humano, padre y luchador.

Recuerda Jonathan que en uno de sus cumpleaños, cuando era un niño, la situación económica de la familia no atravesaba por buen momento. “Esa ocasión regresó mi papá de viaje y obviamente no recibí un regalo, un juguete o lo que todo niño espera, pero recuerdo que me abrazó, me cargó y me dijo que me quería mucho. Yo también lo abracé y cuando alcé la cara mi papá estaba llorando. Eso me marcó, ver a un padre llorar. Abrazándote, no es algo que se olvide tan fácil”.

A Beto, Genaro Vázquez le enseñó lo que es el respeto. “Alguna vez me peleé con mi mamá, pero él siempre me dijo: ‘Si a tu mamá no la respetas, no me importa, pero entonces respeta a mi esposa’. Eso se me quedó muy grabado, el respeto a las personas, a lo que nos rodea, siempre respetar y nunca creerse más de lo que es uno”.

Genaro, el menor, valora el consejo de superación que Panther le da a diario. “Es muy consentidor, platico con él, recuerdo que me dice que le eche ganas a la escuela. No me regaña mucho, la que regaña es mi mamá. Me compra lo que quiero. Es alegre y hace bromas”, dice entre sollozos. De entre los sucesos memorables con su padre, Jonathan y Alberto destacan el día en que le comunicaron que querían ser luchadores. El primero narra que en Gómez Palacio, donde vivió tres años, entrenaba en el gimnasio El Ran-

chero. Una ocasión se lastimó la clavícula y coincidió con la visita de sus padres. Blue Panther le agarró el hombro a su hijo y éste pegó el grito.

—¿Qué te pasó? —le preguntó la Pantera Azul a Jonathan, quien no tuvo más remedio que contarle lo sucedido.

—Yo no te mandé aquí a luchar, sino a estudiar. Ahora que te curen donde te lastimaste.

De regreso a la ciudad de México, Genaro Vázquez puso en las manos de Solar a su hijo. “La cosquillita de las luchas me brincaba por los poros. Yo siento que mi papá hasta la fecha está inconforme de que nos dediquemos a esto porque es un deporte muy sacrificado y riesgoso, pero es algo que no puedo evitar. Yo como, sueño y hablo lucha libre. Dejar de hacerlo es ir contra mi naturaleza”.

Llevar el mote de Hijo de Blue Panther o Blue Panther Júnior no estaba en sus planes, por una razón: “Para mí él siempre será como un superhéroe. Si te das cuenta no hay un Superman Júnior, un Batman Júnior o un Spiderman Júnior. Quiero forjar mi propia historia”.

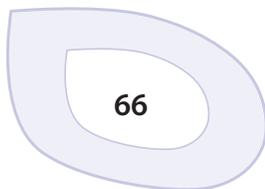
Beto también comparte la forma en que su padre se enteró de que era luchador. “Cuando él perdió la máscara fue cuando dije que, quisiera o no él, yo iba a entrenar lucha libre porque es lo que a mí me llena, es a lo que aspiro, lo que busco. No por la fama, sino por el amor que nosotros desde chiquitos le tenemos”.

Alberto comparte que empezó su aventura luchística en 2009 y Blue Panther se enteró hasta 2010, cuando su vástago ya trabajaba en un ring. “Yo ya estaba más adentro del deporte que afuera. Él ya no pudo hacer nada. Un compañero le dijo: ‘Oye, ¿tu hijo es así y así? Pues ya anda luchando’. Entonces mi padre sólo me aconsejó que amara y respetara este deporte”.

Y al igual que su hermano, quiere edificar su propio destino en los cuadriláteros. “Si de por sí ser sus hijos es una carga muy grande, más portar su nombre, su equipo. La gente ya nos exige un 150%, tenemos que llenar sus botas por el simple hecho de ser sus hijos para que la gente no se decepcione. Por eso queremos forjar nuestra propia historia, ya el tiempo dirá si llegamos a ser grandes como él, que es lo que todo luchador quiere; si no, pues ni modo. Lo intentaremos, pero que sea yo, que no haya un detrás de mí”.

Blue Panther, tanto arriba como debajo del ring despierta la admiración de sus vástagos. Como luchador, Jonathan destaca que “su estilo es único, se ha mantenido en él desde que inició a pesar de que la lucha libre ha evolucionado”.

A Beto le impresiona “su sabiduría para estar en un ring, para luchar, porque es muy diferente el presentarse que luchar. Tenga la edad que tenga disfruta su trabajo como si tuviera 20 años todavía”.



Y el pequeño Genaro afirma que lo que más le gusta de su papá es “su forma de ser, es humilde, buena persona. Siento emoción de verlo arriba del ring. Lo admiro mucho como persona”. Enseguida explica las lágrimas que le brotan de los ojos: “Me emociona mucho hablar de él, es la persona más importante en mi vida”.

Como padre, las palabras se quedan cortas para describirlo. “El decir que es el mejor del mundo es poco”, externa Jonathan. “Mi papá es único, fuera de lo común. En este deporte tienes que llevar dos vidas y él lo supo manejar bien con su familia. Es una persona llena de mucho amor, respeto, responsabilidad, sinceridad. Es mi ídolo, es mi Dios, mi todo. No puedo definirlo en una sola palabra porque no quiero encasillarlo, no hay palabra que exprese lo que siento por él”.

Para Alberto, Blue Panther es “amor, paciencia, comprensión, apoyo, humildad, respeto, cariño”, sentimientos que comparte su hermano Genaro: “Es maravilloso”.

El legado que les hereda en el rubro de la lucha libre es “el amor a la lucha libre, la entrega, el esforzarte al 100%, el subir a un ring y demostrar de qué estás hecho, así haya cinco o un millón de personas”.

Beto se queda con el respeto que les ha infundido en la lucha libre. “Muchos chavos no tienen verdadero amor por este deporte. Sabemos cómo vamos a subir, pero no sabemos cómo vamos a bajar y a lo mejor vaya a ser al última vez que te presentes. Es por eso la importancia del amor a esto, de que sabes que vas a subir y con todo ese amor vas a bajar. Ojalá que lo que nos ha enseñado sirva también para otros luchadores, que les quede marcado el respeto y el amor que él demuestra cada vez que llega a una arena”.

Capítulo 3. El médico

La anunciación en sueños

Después de expresar sus emociones, de mirar su máscara en las manos del verdugo, Blue Panther cede el micrófono al Villano V, quien enseguida clava palabras de admiración en el adolorido corazón del Maestro Lagunero.

“Lo quiero decir públicamente, porque tanto tú como yo le hemos dado el debido respeto a la afición toda la vida, en todas nuestras actuaciones, porque por eso llegaste a ser Blue Panther. Eres un excelente, muy grande, luchador, en toda la extensión de la palabra”.

Al de la Comarca, no sólo lo une con el apodado Pantera Rosa su relación de vencedor y vencido, ni el ring sobre el que han gastado la vida. También son compañeros de profesión en la acupuntura, una alternativa de salud a la que se dedican a la par de la lucha libre.

Ambos son egresados del Instituto Tomás Alcocer: Villano, de la generación 2004: Panther, de la de 2007.

“Tú podrías haberme derrotado, porque yo sé perfectamente bien que esta noche ganó el mejor, no el mejor para toda la vida, sólo por esta noche”, sigue el discurso dirigido al gomezpalatino. “Panther, mis respetos, mi admiración y que te vaya bonito”.

Un abrazo cierra la velada, que ha sido un latigazo de sensaciones para la Pantera Azul. Ahora lo espera en su consultorio de medicina alternativa lo que él llama la última de sus revoluciones, la acupuntura, vocación que le fue anunciada en sueños y que el destino puso, literal, a sus pies...





Pronto se consumirán en el reloj los tiempos luchísticos para Blue Panther. El Maestro así lo intuye y, aunque está lejos del ocaso, ya comienza a transformar sus garras de Pantera Azul en agujas de acupunturista para dar salud y calidad de vida a sus pacientes.

Desde muy pequeño, en su natal Gómez Palacio, tuvo la convicción de ser médico. “Ya vengo marcado, ya traía esto”, dice convencido, pues en su ciudad de origen ser doctor significaba ser una persona respetable, “con mucho valor dentro de la sociedad”.

El lagunero es otro con su bata blanca. Muestra emocionado la espiral de la salud que pende del techo, sus esquemas del cuerpo humano con puntos acupunturales, sus estatuillas que representan el trabajo, la sabiduría y la abundancia.

Detrás de su escritorio lo escoltan soberbios reconocimientos del Instituto Alcocer de Medicina Tradicional China y Acupuntura, y una foto panorámica de un congreso internacional en la que aparece también su verdugo, Villano V.



Se respira paz apenas se adentra uno en su consultorio. “Eso es muy bonito transmitirlo a las personas, a los amigos, a la familia. Todo eso te lo da la acupuntura, el estudiar filosofía china y el aprender día a día a día de mis pacientes y maestros”.

Su alma está nutrida con lecturas del Dalai Lama, Deepak Chopra, hindú pionero de la medicina cuerpo-alma; Anthony Robbins, escritor de superación personal y de las historias de Paco Ignacio Taibo.

Tampoco bebe ni fuma. “La única vez que lo hice fue en la secundaria, cuando me fui de pinta y casi me ahogo con el humo”, comparte.

El luchador Máscara Sagrada fue quien lo animó a adentrarse en los conocimientos de la medicina tradicional china. Hace nueve años lo invitó a tomar un diplomado en el Instituto Alcocer, pero fue un sueño el disparador de Panther para iniciarse en esta alternativa de salud.

Este es el escenario onírico.

Dos personas de avanzada edad, un hombre y una mujer, aparecen en su cerebro mientras él duerme. Difícil para el lagunero distinguir sus caras; sólo su estructura encorvada y su lento andar le indican que son “viejitos”, como él les llama.

—Prepárate, porque vas a curar—le dice uno de ellos.

Las dos figuras se desvanecen. Genaro Vázquez despierta.

Ése fue el primer aviso de su vocación para curar. El segundo le cayó a sus pies. “Andaba buscando un libro, *Cómo crear abundancia*, de Deepak Chopra, en el Sanborns de avenida Cuauhtémoc. El ejemplar no estaba en existencia en ese lugar, pero sí en la plaza comercial de enfrente. Entonces me dirigí a ese sitio y, antes de atravesarme la calle, vino una ola de viento y me cayó una hoja de papel abierta en mi pie izquierdo. Nada me hubiera costado patearla, pero la levanté: era exactamente lo que me había dicho Máscara Sagrada, el tríptico del diplomado en el Instituto Alcocer”.

Genaro obedeció las señales del destino y se inscribió. Sus clases comenzaron el 27 de enero de 2007, a las nueve de la mañana, en la sede del instituto, ubicado en Cerro de Zempoala 82, en la colonia Hermosillo Churubusco. Rodeado de médicos, anestesiólogos, traumatólogos, ginecólogas, médicos generales, jamás se sintió tan fuera de lugar en toda su existencia. “Si estoy aquí es por algo”, se decía a sí mismo para alentarse.

“No quitaba la vista ni el oído de encima. Lo que no entendía, porque eran más las cosas que no entendía que las que sí, las escribía. De ahí salía yo con mi cabeza echa una maraña, era tanto el conocimiento que nos transmitía y nos transmite el doctor Tomás Alcocer que decía ‘espérame, qué es todo esto o cómo lo voy a acomodar’”.



Lo visto en clase pronto tomó su propia ruta para anidarse en la mente del Maestro Lagunero: un sábado cada 15 días asistía al diplomado; el domingo asimilaba un poco los conocimientos. Llegado el lunes, digería los conceptos; el martes hacía su tarea y el viernes las palabras que no entendía las buscaba en un diccionario para aterrizar las ideas que se le quedaban en el aire.

Las jornadas eran extenuantes. Iniciaban a las nueve de la mañana y terminaban a las siete de la noche, con intervalos para comer. Así transcurrió un año.

“Yo digo que todas esas cosas por algo pasan, porque en 2007 yo tenía exageradamente de trabajo en la lucha libre. Tan es así que yo decía ‘no quiero trabajar los sábados’. Las funciones en Tijuana eran los viernes y les decía que no podía, a menos que me regresaran a media noche. El sábado sí me negaba aunque me ofrecieran un poco más de dinero. Cuando llegaba a trabajar los sábados era my cerquita del DF, terminaba mis clases a las siete de la noche y a las nueve y media estaba en la función”.

Después de 12 meses de diplomado, donde aprendió el tronco común que consiste en acupuntura, craneoacupuntura, auriculoterapia y masajes infantiles, se adentró en un conocimiento más profundo.

“Se trata de los libros del Emperador Amarillo, que son dos tomos, el Ling Shu y el Su Wen, cada uno de los cuales cuenta con 81 capítulos. El acupunturista debe conocerlos para iniciar su peregrinar más en serio y a profundidad en la medicina tradicional china”.

Cada línea, comparte, es fuente de inagotable conocimiento. “Hay que estar leyendo, releyendo, porque cada vez que uno entendió un capítulo de alguna manera, al otro día lo comprende de diferentes maneras. Las líneas son muy cortas algunas, pero tienen una filosofía impresionante. Los chi-

Estas son las actividades que realiza Blue Panther en su consultorio de acupuntura:

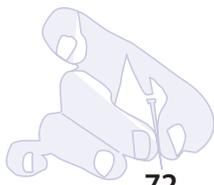
MOXIBUSTIÓN: Cigarros de moxa que da calor a 420 grados centígrados para curar enfermedades

VENTOSAS: Disipan el dolor

ELECTROESTIMULADOR: Estimula el puente donde se reactiva un espacio de salud

IONIZADOR: Desintoxica con lavado de pies.

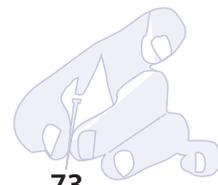
ELECTROBÓLICA: Se usa para la delfinoterapia. Un CD emite sonido de delfines, cuyas frecuencias electromagnéticas alivian cerca de 400 enfermedades.





nos se refugian en los libros antiguos y nosotros los occidentales los usamos para des-
echarlos o para sentarnos. Para ellos no, esos libros son de donde emana el conocimiento”.

En ese intento de asimilar cada una de esas frases, la Pantera Azul estudia chino y
en su computadora tiene los libros del Emperador Amarillo archivados. Dirigido por
su maestro Tomás Alcocer, desglosa cada línea al traducirla de un chino mandarín al
español actual.



Una enseñanza sin hablar

Aprender de la mano de Tomás Alcocer, relata Blue Panther, es adentrarse en un cúmulo diario de conocimientos, que el doctor enseña sobre todo con el ejemplo.

“El gran aprendizaje se da sin hablar, con acciones y actitudes y donde quiera que hemos estado me lleno de conocimiento con él. Al doctor Tomás le agradezco muchísimo todo lo que me ha enseñado y me sigue enseñando. Es una persona muy preparada que dedica tiempo y corazón a transmitir la teoría que ha absorbido de grandes maestros”.

El acercamiento con el especialista se dio con el tiempo y la complicidad fue un lazo invisible que los unió desde el primer momento, al resguardarle Tomás su identidad secreta como luchador, faceta que Blue Panther invitó a conocer a su mentor.

“Lo empecé a llevar a las funciones, me fue a ver unas cuatro veces. En 2007, después de un congreso internacional de acupuntura, nos fuimos a las luchas. También me acompañó cuando celebré mis 30 años con un campeonato contra Averno”.

Una de las experiencias que marcaron al lagunero fue cuando en 2008 inició su participación como observador al lado de Tomás Alcocer.

“Íbamos los jueves a clase de libros sagrados. Yo ya conocía a sus hermanos, a su familia y poco a poco me abrieron las puertas. Asistía como observador al instituto, veía cómo ponía agujas, cómo hablaba, qué hacía”.

Desde entonces, Panther dedica todos los jueves enteros a tomar clases y a ayudar al doctor a atender a sus pacientes.

También asiste a los congresos de la Unión Nacional de Asociaciones de Médicos y Técnicos Acupunturistas (UNAMTA) que preside Tomás Alcocer. Y ese tiempo ha sido una



El maestro Tomás Alcocer comparte su conocimiento con Genaro Vázquez



antología de anécdotas que han contribuido a su crecimiento personal.

Cuenta Genaro Vázquez que al término de una misa para celebrar un aniversario más del instituto, una persona se acercó al doctor y le besó la mano. Le dijo: “Muchísimas gracias, por ayudarnos”. Se trataba de una mujer programada para una operación de la vesícula biliar, pero que libró el quirófano gracias a la acupuntura.

— Doctor, ¿recuerda a la persona que se acercó a usted? —le pregunta Panther a su maestro. ¿Con qué se queda de lo que le dijo?

—Me quedo con la responsabilidad y con el compromiso de seguir estudiando, de seguir aprendiendo para curar a más gente.

De esas huellas que se quedan tatuadas en su interior, Genaro tiene muchas, como cuando conoció la casa de Tomás. Al contrario de lo que pensaba, su departamento era austero. Mientras el Maestro lagunero recorría con la mirada la habitación, el doctor le comentó: “Ésta es mi casa, pero aquí (dice señalando su corazón) es donde vivo yo”.

Esos episodios son los que lo han marcado. “Con el doctor Tomás aprendo cada día, con cada paciente, con cada aguja que él coloca. Me siento halagado porque hay cientos, miles de acupunturistas que quisieran estar al lado de él. Así que hay que aprovechar este aprendizaje con humildad”.

Sólo desde ésta última virtud, la Pantera Azul es capaz de conducirse por el mundo, ya sea en la lucha libre o como acupuntor.

“Mientras más errores tiene uno, más aprende. A mí no me molesta que me digan los míos; al contrario, entre más errores tenga y me los señalen, más sigo creciendo. A la persona que me indica mis fallas le doy las gracias porque es la manera en que yo puedo tener un aprendizaje”.

El doctor Tomás Alcocer González es una de las personalidades más destacadas de la acupuntura en México:

**Médico Cirujano egresado de la UNAM.*

**Graduado en Acupuntura y Moxibustión en el Instituto de Medicina Tradicional China de Beijing*

**Traductor de Medicina Tradicional China (chino antiguo y chino mandarín)*

**Director del Instituto Alcocer de Medicina Tradicional China y Acupuntura, A.C.*

**Presidente de la Unión Nacional de Asociaciones de Médicos y Técnicos Acupunturistas, A.C*

**Traductor del chino antiguo y moderno al español.*



Cinco pasos rumbo al ascenso

En distancia, en centímetros avanzados, es como Genaro Vázquez mide su avance en la acupuntura. Los dos metros atrás del doctor Alcocer, donde permaneció en sus inicios como observador, los acortó hasta desaparecerlos para colocarse a un lado del especialista y ayudarle con sus pacientes, lo cual logró a fuerza de tenacidad, estudio y perseverancia.

Ahora se le ve en el Instituto Alcocer siendo parte de jornadas extenuantes. Apenas el reloj marca las 10 de la mañana, Panther se enfunda en su bata blanca y recorre, junto con su maestro y dos ayudantes, las cuatro salas con 16 camas cada una que conforman el instituto.

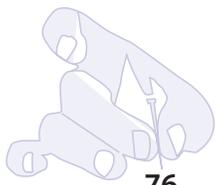
Dos de los consultorios están destinados para mujeres, uno para hombres y el otro para personas con capacidades diferentes. Recostados en los camastros, los enfermos aguardan el diagnóstico del doctor, que les revisa el rostro, la coloración de la lengua y el flujo sanguíneo para detectar sus males.

Enseguida indica a sus ayudantes, con el término en chino, qué puntos acupunturales aplicar. Y es aquí donde Panther saca sus agujas y da bienestar a las personas que presentan desde estrés hasta enfermedades como cáncer, diabetes, hemiplejias y parálisis.

En se trajín transcurren apenas dos minutos y las labores continúan con los demás pacientes, quienes permanecen no más de 20 minutos en cada cama. Una vez revisadas todas las personas de una sala, el doctor y sus ayudantes pasan a la siguiente en una actividad que se repite hasta cerca de las cuatro de la tarde.



• Todos los jueves, la Pantera Azul trabaja en el Instituto Tomás Alcocer



Durante la realización de este trabajo, Panther escucha con atención a su mentor, regala sonrisas a los enfermos, se toma fotos con los niños que ven en él a un ídolo.

“Como él es un gran personaje, hay muchos pacientes que quieren que Blue Panther les ponga las agujas porque sienten su cariño, sobre todo los niños. Ellos lo visualizan como un gran héroe que en la lucha libre combate a los malos; eso se refleja en los pequeños, qué quieren imitar a un gran personaje y eso genera bastante gusto”, comparte el doctor Tomás Alcocer.

Además, observa, al gomezpalatino los enfermos le tienen fe. “Siempre se quieren tomar una foto con él. Aunque la acupuntura parece ser un giro muy diferente a su profesión, no lo es. Hay quien de sólo ver al médico dice: ‘Ya me siento curado un tanto por ciento’, y cuando ven al héroe pues con más razón. La imagen que da es muy importante, porque genera un ánimo emocional y espiritual que hace que el individuo se cure rápidamente. Panther tiene fuerza, imagen, carisma”.

Para llegar al nivel actual que presume en la acupuntura, la Pantera Azul tuvo que superar varias pruebas. La chispa que asoma a los ojos del Maestro Lagunero al narrar estas experiencias delata su pasión por la medicina tradicional china. Es fácil contagiarse del entusiasmo con que evoca esos pasos que lo aproximaron a un conocimiento más profundo de su vocación.

“Observar fue mi primer paso. Ver en el instituto cómo el doctor Tomás Alcocer ponía las agujas, cómo hablaba, qué hacía. Cómo determinaba la sintomatología, la observación de la lengua, palpación de pulso”.

Ese primer contacto le encendió aún más el interés de aprender. El siguiente escalón fue traer los expedientes.

“Ahí yo ya tenía en mis manos los expedientes para entregárselos al doctor y ver la sintomatología del paciente. Después hacía mi receta sin tomarle parecer a nadie. Veía qué



Tiene mucho carisma con los pequeños



puntos acupunturales podía ponerle y luego el doctor Tomás me decía en cuáles fallaba, tal vez uno o dos, porque me faltaba mucho aprendizaje y me sigue faltando”.

Las personas que atendían presentaban desde problemas crónico degenerativos, hasta gripas, tos y asma. También acudían al instituto pacientes con diversos padecimientos, desahuciados ya por la medicina convencional.

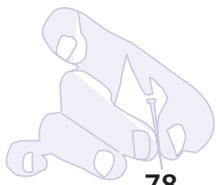
“Cuando paso al tercer punto, es impresionante, me emociona tanto esto porque yo ya colocaba aguja, no al nivel del doctor ni al que tengo ahora. Le daba las agujas, ya sea corta, larga o de tres filos; estaba a un lado de Tomás, no como su brazo derecho, porque él tiene mucha gente a su alrededor, pero estaba avanzando, de la parte trasera hacia la parte delantera. Para mí era impresionante eso y me sigo emocionando”.

El cuarto punto no tardó en llegar: hacer las anotaciones. “Se trata de cuando se colocan las agujas poner el nombre del punto que se puso. Escribirlo en chino. Ya al estar en eso dices ‘pues qué más sigue’. Y llegó lo más interesante, el quinto paso, ponerle aguja a los pacientes del doctor Alcocer, apoyado por él. Estoy agradecidísimo con Dios, con la vida, porque ya me permite hacer esto”.

Las calificaciones de Blue Panther en este peregrinar son altas ante los ojos del doctor Tomás. “Su desarrollo ha sido muy interesante para nosotros porque tiene vocación de ayuda y eso no ocurre en mucha gente. Cada quien tiene una misión en la vida y seguramente la



En el Instituto también
atienden casos de cáncer



de Blue Panther es ésta. El esfuerzo que realiza por superarse es bastante grande, por eso nos da mucho gusto tenerlo aquí”.

Así como en las luchas, en el terreno de la acupuntura el Maestro lagunero ha sido un ejemplo de dedicación. “Él es una persona especial. Yo tengo algunos ayudantes, son tres, entre ellos Panther. Aquí no permitimos que cualquiera venga a poner agujas a nuestros pacientes; sin embargo, los dedicados merecen estas grandes oportunidades y la superación que ha alcanzado ha sido bastante importante”, opina el especialista.

Incluso, se sincera, muchas de las actitudes de Genaro le han servido de aliciente a todos en el instituto. “Nos ha enseñado mucho con su dedicación, pone los puntos al paciente ya sin pedir tanto permiso, mientras otros se esperan a ver si pueden o no hacerlo. Él es un ejemplo de entereza también y nos muestra que así deben ser todos los que se quieran adentrar en esto y superarse”.

Y en ese afán de trascender, Genaro Vázquez aprovecha al máximo todo el conocimiento práctico y filosófico de la mano de su maestro. “Todo lo que me enseña lo aplico en mi espacio de salud, mi consultorio, lo canalizo con mis pacientes. Hasta la fecha he tenido resultados muy alentadores en cuestiones crónico degenerativas, emotivas, emocionales, depresiones. Estoy muy contento y agradecido con toda la gente que me ha apoyado, a mi familia, para estar en un lugar donde estoy, tanto como persona, ser humano, padre, luchador y médico”.

Blue Panther sabe que el camino para ser cada día mejor en la acupuntura nunca termina y que todavía, según sus palabras, le falta aprenderlo todo. “Decía un doctor: ‘Yo soy un tonto de hace 20 años, y hace 20 años era el más tonto del mundo; hoy sigo siendo el mismo tonto, pero actual’. Yo no sé nada, sigo aprendiendo, esto nunca se va a terminar, sigo siendo discípulo de la lucha libre y de la acupuntura también”.

Mas su maestro Tomás le augura un excelente futuro en la medicina tradicional china. “Necesitamos gente que se dedique a esta profesión, porque es un trabajo, es un esfuerzo, pero también la superación en el estudio le puede generar cosas buenas en la vida. Lo que se aprende debe dejarse a los hijos, a algunos discípulos, para que siga creciendo el conocimiento. Y él después tendrá que dar conferencias, clases, porque por algo está aquí”.



Salvando vidas

Al hablar de sus pacientes, Genaro Vázquez hace una confesión: “Soy humano, tengo sentimientos y también sé llorar. No soy de fierro”. Y es que de entre las más de 15 personas que atiende al día en su consultorio, entre bebés de brazos, niños, adultos y ancianos, surgen historias que lo conmueven. Tragedias personales que llevan al toque de espaldas a su sensible corazón.

De su memoria, revive el día en que le fue inevitable soltar las lágrimas con un paciente que padecía cáncer. “Le daba una crisis de dolor impresionante y yo hacía lo posible para ayudarlo. Era un joven de 28 años y lo que le preocupaba eran sus hijos. Él aguantaba la terapia, pero no el sentimiento y me hizo llorar. Lloramos juntos y a raíz de tantas cosas que yo he visto me he concientizado para seguir aprendiendo más y más para curar las enfermedades”.

De la antología de vivencias, Genaro relata la de una paciente de 45 años, a quien le diagnosticaron cáncer de estómago. La sometieron a radiaciones y a quimioterapias, pero en ese proceso le perforaron la vejiga, le afectaron la cuestión renal y agudizaron su problemática.

“Ella tiene una anemia plástica muy fuerte, estamos hablando de una persona con muchos padecimientos, pero que ahí va saliendo. Ella combina el tratamiento alopático y la acupuntura. Ella era una persona muy activa, que se dedicaba las 24 horas a trabajar, a hacer regalos, pasteles, a pintar, a tejer, es un estuche de monerías. Me ha regalado pastelitos, manzanas con dulce y chamoy. A mí me da gusto que venga y que salga adelante”.

Lo que más le llena como médico a Blue Panther es ser partícipe de la favorable evolución de sus pacientes. Compartir el gusto de verlos dejar atrás cuestiones crónicas degenerativas, de decirle adiós a artritis reumatoides, al asma, gracias a la triada divina de la acupuntura, la moxibustión y las ventosas.

“Se dan casos muy bonitos, muy especiales, porque todo esto va haciendo crecer a la gente. Hacemos el tratamiento y cuando les hacen sus estudios de gabinete desaparecen sus padecimientos como por arte de magia. He tenido gente con hemiplejias y evoluciona favorablemente; gente con aneurisma que se curó y ahora viene por otras cuestiones. A mí me emociona mucho eso porque sé que puedo ayudar a la gente”.

El agradecimiento de sus pacientes adquiere múltiples formas. La que a Genaro le llega más son las bendiciones de las personas de la tercera edad.

“Veo cómo se despiden de mí, cómo me agarran la mano, cómo me llenan de bendiciones, yo siento esa vibra. Son bendiciones no de dientes para afuera, si no de verdad y



se siente uno como el salvador”, admite, al tiempo que comparte que algunas veces ayuda a las personas de escasos recursos que desean tomar terapias de acupuntura.

La Pantera Azul evoca otra de las experiencias que lo marcaron en su etapa de sanador. A su consultorio llegó un niño con un trauma psicológico. “Con ayuda de la delfinoterapia, ya pudo dormir tranquilo”.

También cuenta el caso de un pequeño con parálisis cerebral. “Él no podía sostener los aparatos para recibir las frecuencias electromagnéticas. Así que pedimos a su padre que se quitara la camisa, abrazara a su hijo y a través de él le dimos la terapia. Se mejoró mucho”.

Por ello, describe a la acupuntura como la medicina del cielo: fácil de aprender y difícil de olvidar.

“Yo quiero seguir creciendo en esto, mejorar para que el día de mañana haya menos enfermos. Estar al pie del cañón con lo que se va descubriendo, porque el aprendizaje en esto nunca termina”.

Blue Panther sale del vestidor sin su máscara, por primera vez en 30 años. El aire araña su rostro desnudo, humedecido por las lágrimas y se siente más que nunca dispuesto a hacerle frente al mundo. “Perdí, pero gané”, se repite a sí mismo. “Perdiste, pero ganaste”, se lo hacen saber todos: la tapa se fue, más el luchador sigue. El ring de nuevo volverá a verlo triunfar, ahora el público se deleitará con su sonrisa franca, la que sólo el ídolo sabe dar.

A la par de la lucha libre lo espera su vocación de médico. El don, dice, le fue dado y su meta es aprender más para ayudar a curar a la gente a través de los conocimientos de los maestros de la antigüedad.

A su mente se le viene una frase: “Mi cuerpo lo podrás destrozar, pero mi palabra jamás”. Y aquí, Genaro ha dejado el testimonio de su vida, que espera sea un ejemplo para sus semejantes.

Genaro ahora sube en la camioneta que lo trasladará a casa. Lleva la faz descubierta y marcha, sin duda, directo a la inmortalidad...



Conclusiones

La forma en que los habitantes se informan ha cambiado. Reciben las noticias de manera inmediata en Internet, la televisión, el radio, mucho antes de leerlas en un periódico. Ante ello, el reto del periodismo escrito también se ha transformado. Su misión es encontrar cómo contar un hecho que ha sido ampliamente difundido y compartido en los medios electrónicos.

El periodista Tomás Eloy Martínez se pregunta en su artículo titulado *El periodismo vuelve a contar historias*: “¿Con qué palabras narrar, por ejemplo, la desesperación de una madre a la que todos han visto llorar en vivo delante de las cámaras? ¿Cómo seducir, usando un arma tan insuficiente como el lenguaje, a personas que han experimentado con la vista y con el oído todas las complejidades de un hecho real?”

La respuesta está en contar historias. En el caso del presente trabajo se hizo mediante una entrevista narrativa, como uno de los caminos para generar el “plus” que buscan los lectores ante el bombardeo informativo, pues abarca más que sólo consignar sucesos, datos y estadísticas.

Se trata, como dice el escritor mexicano Juan Villoro, de crear un producto “perdurable, que incluye la capacidad de congobernarnos a través del tiempo y de continuar emitiendo mensajes una vez pasados los hechos”.

La entrevista con Blue Panther dejó al descubierto los sacrificios de un hombre para lograr sus más grandes anhelos: ser luchador y médico. Compartió las motivaciones de un ser humano para no dejarse derrotar por la adversidad y hallar una vocación sin importar los tropiezos o la edad.

Dejó, como legado para muchos gladiadores, que el destino de estos maestros del pancracio no tiene que ser siempre una vida de miseria causada por los excesos.

Eloy Martínez explica en el citado artículo que “lo que buscan las narraciones es que el lector identifique los destinos ajenos con su propio destino. Que se diga: a mí también puede pasarme esto”. Y sin duda, la historia contada por la Pantera Azul bien puede servir de ejemplo de superación para muchos.

Sin embargo, las entrevistas narrativas son cada vez más escasas en los periódicos. Ya sea por problemas de espacio o porque cada vez más la información se reduce a “píldoras” para lectores presurosos, las historias son más difíciles de hallar.

Mas es necesario recordar, como lo establece Eloy Martínez, que “el periodismo nació para contar historias, y parte de ese impulso inicial que era su razón de ser y su fundamento se ha perdido ahora. Dar una noticia y contar una historia no son sentencias tan ajenas como podría parecer a primera vista. Por lo contrario: en la mayoría de los casos, son dos movimientos de una misma sinfonía”.

Para él, “los seres humanos siempre tienen tiempo para enterarse de lo que les interesa. Cuando alguien es testigo casual de un accidente en la calle, o cuando asiste a un espectáculo deportivo, pocas cosas lee con tanta avidez como el relato de eso que ha visto, oído y sentido. Las palabras escritas en los diarios no son una mera rendición de cuentas de lo que sucede en la realidad. Son mucho más. Son la confirmación de que todo cuanto hemos visto sucedió realmente, y sucedió con un lujo de detalles que nuestros sentidos fueron incapaces de abarcar”.

Eso es lo que se buscó con la entrevista a Blue Panther: plasmar todo ese mundo desconocido detrás de un personaje popular como lo es él. Mostrar su faceta de hombre, de gladiador y de médico, aspectos poco abordados en la prensa escrita, que se dedica más a informar sobre los resultados de este gladiador en el ring.

Hace falta contar más historias en los periódicos. Si los lectores no encuentran como dice Tomás Eloy Martínez, una entrevista o una crónica, “que los hipnotice tanto como para que lleguen tarde a sus trabajos o como para que se les queme el pan en la tostadora del desayuno”, entonces, advierte, “no tendremos por qué echarles la culpa a la televisión o a Internet de los eventuales fracasos, sino a nuestra propia falta de fe en la inteligencia de los lectores”.

Sólo así, los periódicos dejarán ser ese “museo de minucias efímeras”, como los llamaba Jorge Luis Borges y se convertirán en un medio al que las personas puedan acercarse no sólo para obtener información, sino para comprender el mundo que los rodea, identificarse con sus semejantes y encontrar la singularidad de hechos cada vez más difundidos en los medios electrónicos.

Bibliografía

BAENA PAZ, Guillermina. *Tesis en 30 días*. Editores Mexicanos Unidos. México 2011.

CAMPBELL, Federico. *Géneros periodísticos*. Alfaguara. México 2002.

ELOY MARTÍNEZ, Tomás. “El periodismo vuelve a contar historias” en suplemento cultural del diario La Nación, 2001.

FUENTES, Laura. “Lágrimas de reina” en Luchas 2000, Especial Blue Panther, 30 años: La Historia, pag.33.

GRIJELMO, Alex. *El estilo del periodista*. Taurus. 2001.

GROBET, Lourdes. *Espectacular de lucha libre*. Océano-Trilce Ediciones. México 2005.

HALPERÍN, Jorge. *La entrevista periodística*. Aguilar. 2008.

LEÑERO, Vicente y MARÍN, Carlos. *Manual de periodismo*. Grijalbo. México 1986.

MENDOZA, César. “Monterrey y la División del Norte... Ahora sí, junto a los grandes” en Luchas 2000, 7 de noviembre de 2005, número 291 página 7.

LÓPEZ HIDALGO, Antonio. *Géneros periodísticos complementarios. Una aproximación crítica a los formatos del periodismo visual*. Sevilla 2006.

ROBLES, Francisca. *Seminario de Tesis I*. Material didáctico. SUA-FCPS. México 2006.

ROBLES, Francisca. *Seminario de Tesis II*. Material didáctico. SUA-FCPS. México 2007.

ROBLES, Francisca. *La entrevista periodística como relato, una secuencia de evocaciones*. Tesis que para obtener el grado de Maestría en Ciencias de la Comunicación presenta Francisca Robles. 1998. 184 páginas.